

EDUCACIÓN PARA LA SUSTENTABILIDAD



TOMÁS BUSTAMANTE ÁLVAREZ
JUVENTINA SALGADO ROMÁN
JOEL ITURIO NAVA
GIL ARTURO FERRER VICARIO

Con
sociales

Educación para la sustentabilidad

Tomás Bustamante Álvarez
Juventina Salgado Román
Joel Iturio Nava
Gil Arturo Ferrer Vicario
(Cuerpo Académico Humanismo y Sustentabilidad)



Introducción	9
I. Educación ambiental y sustentabilidad	13
<i>Tomás Bustamante Álvarez</i>	
Introducción	13
La sociedad y la naturaleza	15
La crisis ambiental y de civilización	18
¿Desarrollo sustentable o modo de vida sustentable?	21
Por una vida sustentable	23
Educación para la sustentabilidad	29
¿Qué es la educación?	29
La educación como proceso histórico	29
La educación ambiental	32
Ambientalizar el currículum educativo	35
En conclusión, ¿qué hacer?	37
Referencias	39
II. Educación para una vida sustentable	43
<i>Juventina Salgado Román</i>	
Educar para una vida sustentable	45
Paradigma de la educación mecanicista	47
Aportes de la nueva ciencia al campo educativo	51
Aprendizaje significativo e integral	55
Currículum sustentable	60
Inteligencia espiritual como fundamento de una educación sustentable	65
La escuela y los valores	68
Espiritualidad: el corazón de una educación sustentable	74
Referencias	81

Primera edición: enero 2014

ISBN: 978-607-8289-57-8

© Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.
 Av. México-Coyoacán, núm. 421
 Colonia Xoco, Delegación Benito Juárez
 México, D.F., C.P. 03330
 Tels.: 56 04 12 04 y 56 88 91 12
 administracion@edicioneon.com.mx
 www.edicioneon.com.mx

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

III. La pregunta como dispositivo de enseñanza-aprendizaje.	
El reto de formar sujetos capaces de aprender a pensar	83
<i>Joel Iturio Nava</i>	
Introducción	83
Diferencia entre preguntar y preguntar problematizando	86
La "normalidad" en la escuela	89
La pregunta problematizadora	91
La colocación o desde dónde se pregunta	94
Referencias	96
IV. Educación ambiental o educación social	99
<i>Gil Arturo Ferrer Vicario</i>	
Introducción	99
Algunas consideraciones acerca de la educación	100
Educación ambiental	103
Educación social	106
A manera de conclusión	109
Referencias	110

INTRODUCCIÓN

La educación ha sido uno de los asideros humanos a los que se acude en tiempos de crisis en busca de soluciones a los problemas. Como producto racional e intencional de las sociedades, ha sido uno de los medios para dirigir, encaminar y enseñar a las generaciones jóvenes los conocimientos, conductas, valores, costumbres, formas de ser y pensar de los adultos. A través de la educación los adultos pretenden que los jóvenes logren metas y corrijan conductas. Como proceso histórico, la función y los objetivos de la educación han variado con el tiempo según los intereses dominantes de las sociedades, pero su horizonte ha sido el mismo: dar rumbo cultural a los individuos, grupos y sociedades.

La educación ha tenido gran influencia en las sociedades, desde los comienzos de las civilizaciones ha sido motivo de atención y de reflexión, ha sido considerada panacea que resuelve diversos problemas y propicia el logro de propósitos colectivos e individuales; mucho se ha escrito de cómo debe ser y lo que debe hacer. Los resultados hoy se pueden ver, medir y comparar a nivel mundial, pues son diversos los niveles del desarrollo educativo de los pueblos. Un pueblo educado es un pueblo culto que enfrenta los problemas de manera más racional, más inteligente y más responsable.

Los tiempos que vivimos se caracterizan por diversos problemas intersociales y de relación de la sociedad con la naturaleza caracterizados por confrontaciones y crisis de recursos vitales, que están llevando al límite los procesos productivos indefinidos, así como los cambios ambientales. Las razones que dan explicación a esta problemática son el modo consumista de vida dominante y la acumulación indefinida de riqueza ante la existencia de recursos limitados. Esta problemática social y ambiental es la huella humana del presente, donde la educación puede influir y ayudar a cambiar

II EDUCACIÓN PARA UNA VIDA SUSTENTABLE

*Juventina Salgado Román**

El escenario mundial de este siglo XXI es desolador, las crisis se están expresando de manera aguda en los diferentes espacios de la vida. La sociedad moderna, con todos los avances científicos y tecnológicos, no es capaz de resolver los problemas humanos y ambientales más apremiantes y esenciales. La educación sigue siendo un campo de tensión a través del cual se pretende resolver las diferentes crisis, para impulsar el desarrollo económico como prioridad de nuestras sociedades occidentales, por ello, entre sus principales objetivos se encuentra el de formar cuadros que contribuyan a incrementar la productividad. Los modelos educativos, con todo y las reformas, continúan orientándose hacia la formación de seres humanos que coadyuven a las necesidades de mercado, que a su vez atiende intereses de los grupos de poder. De ahí el desinterés por las humanidades y ciencias sociales; asimismo, el despliegue de las dimensiones de naturaleza subjetiva, como el arte, la ética y la estética no ocupan un papel central, sino que se han relegado en los diferentes planes de estudio.

Los modelos educativos que hoy prevalecen en las sociedades occidentales obedecen a una concepción mecanicista y fragmentada del mundo, cuya filosofía de la educación encuentra ahí sus fundamentos. La escuela busca formar buenos profesionistas, lo que significa que los estudiantes deben desarrollar competencias y habilidades sólo en el marco de contenidos que contribuyan para su profesión. Es en ese sentido que se dejan de lado dimensiones subjetivas relevantes para una for-

* Programa de Filosofía, Unidad Académica de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Guerrero, Cuerpo Académico "Humanismo y Sustentabilidad".

mación integral. La apología de la vida material y el afán de tener conducen a un empobrecimiento espiritual, expresado en la forma en que nos vinculamos con otras personas, relacionándonos competitivamente y de una forma depredadora con el medio ambiente, al centrar los valores humanos en el individualismo y en el desarrollo económico, contribuyendo al deterioro de los ecosistemas y en general a una crisis planetaria que pone en riesgo nuestra supervivencia.

Con la presión deliberada del gobierno para controlar los programas educativos generación tras generación, la juventud es enseñada a enfocarse únicamente en los hechos, figuras y números; se utiliza la repetición para entrenar a los niños subconscientemente, para que acepten lo que están aprendiendo. Los niños no son recompensados al cuestionar la validez de la información que reciben, al contrario, son ridiculizados; sin embargo, quienes ahora reciben ciegamente la información como válida y la repiten mecánicamente a la hora de hacer un examen, serán quienes tomen las decisiones en el futuro del gobierno para hacer las leyes, serán los futuros médicos, economistas o empresarios.

En este marco mundial se encuentra México. El estado de Guerrero padece de manera muy acentuada la crisis de valores y su consecuente pérdida de sentido. La educación requiere ser revisada y replanteada en todos sus niveles, pues en nuestro estado se manifiestan de manera muy aguda los problemas económicos, sociales, culturales y educativos; paradójicamente es también uno de los primeros estados donde comienza a germinar un paradigma integral de la educación. Por esta nueva visión se asume que es urgente cambiar el rumbo de nuestras vidas a partir de una transformación profunda de consciencia, comenzando por nosotros mismos al hacernos conscientes de la necesidad de reestablecer las relaciones que alguna vez rompimos, pues el equilibrio, la paz y el orden se pueden lograr si reestablecemos la interconexión con nuestra propia naturaleza, sobre todo si aplicamos el postulado que sostiene que cambias tu mundo cuando cambias tu consciencia.

Este proceso de conocimiento interior nos llevará a hacernos conscientes de la interconexión y totalidad de la que somos parte y, en consecuencia, a amar y respetar toda forma de vida. Se trata de hacernos conscientes de que cada uno de nuestros actos repercute de alguna u otra manera en el todo. No estamos separados, sino interconectados, como lo han evidenciado los hallazgos de la nueva ciencia, en concordancia con la sabiduría que asumían civilizaciones antiquísimas.

Los procesos de aprendizaje desde una perspectiva integral implican cambios de consciencia que benefician nuestra vida como un todo inseparable y sagrado. Más allá de lo académico, son experiencias individuales y colectivas de síntesis y totalidad, procurando el bienestar común antes que el beneficio personal, teniendo como principio el más elevado bien, porque todos somos ganadores. Indudablemente, la espiritualidad es la característica más importante de este nuevo paradigma; en otras palabras, es la columna vertebral de un modelo educativo integral. Supone reconocimiento de lo sagrado en cada forma de vida, como parte de una totalidad mayor y trascendente; por tanto, implica consciencia incluyente y no de separación. Si los pro-

cesos de aprendizaje se viven como experiencias de interioridad espiritual es posible encontrar el sentido profundo de la vida; entonces el mundo externo es significativo sólo en la medida en que atiende las necesidades esenciales del ser humano.

Al replantearnos el campo de la educación, es importante preguntarnos si el coeficiente intelectual, la excelencia académica y los elevados puntajes académicos son verdaderamente relevantes frente a otros problemas de índole existencial. ¿Qué hace la educación para disminuir los altos índices de niños hambrientos en las calles, de suicidios de jóvenes que no le encuentran sentido a la vida, de abuso sexual y maltrato familiar y escolar? La escuela, tal como ahora la conocemos, no contribuye a la solución de problemas humanos y sociales realmente acuciantes, porque ella misma está en crisis, su modelo educativo es inoperante para sociedades modernas complejas cuyos fenómenos se generan con velocidades vertiginosas y características diversas y en un marco de incertidumbre.

Las reformas educativas no son suficientes, de hecho, nunca lo han sido; en tanto que están enfocadas a realizar cambios superficiales de forma básicamente, su carácter es más de traslación que de transformación. En buena medida a eso se debe la resistencia por parte de académicos y estudiantes, quienes al no encontrar elementos con los que uno se identifique, perciben las reformas como totalmente extrañas, pues no toman en cuenta las necesidades de los agentes directamente involucrados en los procesos de aprendizaje; por ejemplo, ¿qué les gustaría a los estudiantes aprender? En lugar de eso, se les dice sobre qué pensar, pero no se les enseña a pensar.

La crisis educativa nos está sugiriendo un vuelco profundo no sólo a los contenidos, sino también a los métodos pedagógicos de la escuela, porque los modelos educativos que hoy tenemos, con todo y sus reformas, son ya insostenibles. Por ello, urge repensar la educación desde una perspectiva sustentable, para generar procesos de aprendizaje integral que impliquen cambios trascendentes en la consciencia, tanto en los docentes como en los estudiantes, considerando el conjunto de las dimensiones del ser humano que permitan en esa medida desplegar sus diferentes potencialidades y un desarrollo verdaderamente integral. Afortunadamente, la idea del siglo XIX de considerar al estudiante como una máquina está dando paso al planteamiento de que somos organismos red en los que hay vida y movimiento, y en esa medida el individuo debe ser honrado y respetado como diferente, pero no por ello dissociado de sus semejantes, sino considerado un ser de la misma naturaleza.

Educación para una vida sustentable

La sustentabilidad no se refiere únicamente a los campos económicos o ambientalistas; aunque las primeras reflexiones que sobre ella se hicieron se limitaron a esos contextos, actualmente los marcos en los que se plantea se han expandido hasta el punto de alcanzar a las mismas relaciones humanas y con ello el campo de la subjetividad, sobre todo con las contribuciones de las distintas disciplinas de lo que se conoce como

nueva ciencia, el resurgimiento de la sabiduría ancestral y los planteamientos de los grandes pedagogos.

La educación debiera ser el eje fundamental para impulsar una vida equilibrada, con valores esenciales y con profundo sentido de la existencia. Hasta ahora ha sido reducida a los espacios académicos y con una currícula fragmentada y parcial. Sus contenidos están centrados básicamente en dimensiones externas y objetivas de la vida humana. Los ámbitos de la subjetividad, como el arte, la ética, lo emocional, lo espiritual, los que nutren y enriquecen el significado de la vida del ser humano, su experiencia y coexistencia con los demás y con otras formas de vida; han sido relegados. La consecuencia es que hoy nos encontramos cara a cara con nuestras propias creaciones y como nunca antes se nos revierte la crueldad con la que hemos sometido a la naturaleza. Podemos ver en su máxima expresión los resultados del planteamiento baconiano de “arrancarle a la naturaleza sus secretos, para controlarla”, estamos frente a la disyuntiva de continuar distraídos en los satisfactores eminentemente materiales o de asumir nuestra responsabilidad y tomar las riendas de nuestra vida. La educación juega un papel fundamental para formar a las nuevas generaciones con una consciencia sustentable, donde el respeto por todas las formas de vida sea uno de los valores supremos y rectores de la praxis.

Las diferentes crisis que hoy prevalecen, más allá de sus propias implicaciones, nos están empujando a buscar salidas más profundas y radicales. Afortunadamente el discurso que fomenta valores de naturaleza individualista y competitiva comienza a ser trascendido por uno incluyente, de concordia, compasivo y de respeto. Paradójicamente, las crisis están comenzando también a mostrarnos su benevolencia, ¿será que encontramos en la orilla del precipicio nos está haciendo despertar? Parece que cobra sentido el dicho popular “cuando la noche está más oscura es porque ya comienza a amanecer”. Ojalá que con esta lógica de considerar el problema podamos dirigirnos hacia una vida realmente sustentable. Este punto crucial en el que nos encontramos por fortuna nos está llevando a repensarnos como sujetos capaces de transformarse a sí mismos, que si bien son influenciados por las circunstancias económicas, sociales y culturales, se reivindican fundamentalmente como sujetos que construyen, que se inventan y se reinventan, que configuran realidades por lo menos con algún grado de consciencia, capaces de valorar y enjuiciar su propio proceder, para reorientarlo hacia una existencia con un sentido más humano y trascendente, cuya direccionalidad se define paso a paso en los procesos cotidianos de la vida.

Es en ese contexto que tendremos que asumir nuestra responsabilidad como seres humanos; nuestra naturaleza supone la capacidad de decidir el rumbo de nuestras vidas y el destino del mundo que queremos. Si las circunstancias ya casi insostenibles que hoy vivimos han sido resultado de nuestras prácticas equivocadas, significa que inherentemente también poseemos la misma capacidad de construir nuevos estilos de vida, esto evidentemente indica que la causa de los problemas que hoy tenemos se encuentra en la misma especie humana y, por tanto, ahí también está la solución. En otras palabras, no son las circunstancias externas las que nos determinan, sino que

éstas son resultado de la praxis humana, en cuya relación dialéctica juegan el papel fundamental para generar las condiciones sociales y económicas en las que vivimos. Si comprendemos las consecuencias devastadoras que ha generado el pensamiento de un paradigma eminentemente materialista y fragmentado, entonces tendremos que asumir la urgencia de cambiar la manera en que nos concebimos en este mundo, en la misma medida que sepamos quiénes somos, pues de acuerdo con pensadores contemporáneos, las crisis todas son, al final de cuentas, expresiones de una sola percepción, visión y consciencia. De ahí la importancia de conocer los fundamentos del paradigma que rige la educación actual y los principios de la emergente.

Paradigma de la educación mecanicista

Con Descartes, en el siglo XVII, comenzó la separación entre ciencia y espiritualidad, al dividir la realidad material en mente y materia, en religión y ciencia, aun cuando quizá él mismo no estaba dimensionando los alcances de sus planteamientos. Así fue que se concibió el universo como un sistema mecánico, formado de objetos aislados, que a su vez eran componentes básicos cuyas propiedades e interacciones determinaban los fenómenos de la naturaleza. Esta idea de Descartes se extendió hasta los seres vivientes, considerados como máquinas formadas de diferentes partes; de esta manera nos olvidamos de pensar con nuestro cuerpo, de coexistir y cooperar con una inmensa y rica variedad de organismos vivientes. Hoy este concepto mecánico del mundo sigue estando presente e influyendo en los diferentes espacios de la vida. Consecuentemente, se magnifica el desarrollo material, fragmentado y mecanicista que nos ha llevado a un disparado desarrollo del poder intelectual, tecnológico y científico en desfase con la consciencia, la sabiduría y los valores trascendentes y superiores.

La influencia cartesiana del racionalismo y mecanicismo, que más tarde fue desarrollado por Newton en las sociedades modernas occidentales, trajo consigo grandes cambios en la forma de pensar el mundo, impactando el campo de la educación. Este cambio radical que se generó en la cosmovisión de las personas fue la base filosófica que proporcionó los elementos que caracterizarían la cultura de nuestra sociedad moderna. La manera en la que hoy nos relacionamos con la naturaleza se resume en la máxima de “*pienso luego existo*”, de Descartes, la física mecanicista de Newton y el científicismo de Bacon, a quien además le debemos el reduccionismo científico.

Así nace el llamado paradigma científicista, mecanicista y fragmentado que en aras de desaparecer el dogma de la Edad Media, restó importancia a las experiencias subjetivas, sacrificó la espiritualidad y el propio campo de la consciencia, que carecen de objetividad; asimismo, negó la existencia de realidades no objetivas por ser inaccesibles para el método científico. Prácticamente anuló todo acceso a campos sutiles, el conocimiento se redujo a experiencias objetivas del mundo externo y la materia pasó a ser la base de toda la existencia. El bienintencionado propósito de diferenciar las tres grandes esferas del conocimiento, la verdad, la belleza y la moral se tornó en

la peor miseria de la modernidad, es decir, se volvió disociación. Esta cosmovisión se fue extendiendo en los distintos campos de la vida, penetrando así en el sistema educativo.

Sin embargo, la modernidad no sólo nos ha mostrado su lado más oscuro, también ha tenido sus benevolencias. La ciencia y la tecnología han avanzado enormemente desde que los griegos abordaron el campo científico, en el siglo VI a. C.; evidentemente este ritmo se ha acelerado en los últimos siglos, fundamentalmente en el campo material y científico, mientras que el progreso social ha sido mínimo. Esta evolución unidimensional ha llegado a grados verdaderamente alarmantes, situación paradójica que pone en tela de juicio la misma razón, pues los desequilibrios no sólo se están manifestando en los ecosistemas, sino también en los seres humanos.

Con el discurso alienante del pensamiento occidental se nos ha inducido a pensar erróneamente que las personas son buenas o malas, pacíficas o violentas, normales o patológicas, descartándose todo punto intermedio, ya que simplemente se está a favor o en contra de algo o de alguien. Si nuestra sociedad cree que somos inherentemente buenos, crearemos leyes que afirmen la vida y sean constructivas; si creemos que somos inherentemente malos, crearemos leyes destructivas y que nieguen la vida. Evidentemente, esta concepción responde al punto de vista fragmentado que nos heredó Descartes, cuyo pensamiento dualista nos ha conducido a una identidad que separa y establece fronteras, en lugar de demarcaciones que señalen diferencias complementarias, no divisorias; de esta manera hemos caído en el profundo pozo de la intolerancia, de la polarización de todo orden político, religioso, científico, social, cultural, étnico y de todas las demás dimensiones posibles.

La ética y la estética son campos desconocidos para el grueso de las sociedades, y relegados o excluidos de las políticas educativas oficiales. La consciencia ha sido prácticamente colonizada por la racionalidad instrumental y la existencia ha ido perdiendo el significado profundo de la vida. Buscamos la felicidad en el confort material y nos hemos perdido en el ritmo acelerado y competitivo de las sociedades modernas. La factura ya la comenzamos a pagar; paradójicamente, asistimos al acelerado fluir de la información a través del Internet y de otros medios, sin que esto implique precisamente comunicación. No sabemos cómo relacionarnos con quienes piensan diferente a nosotros, porque la tolerancia es un valor que ha desaparecido prácticamente de la vida humana, tampoco sabemos cómo evitar los suicidios. Justamente ahora que escribimos nos estamos enterando de la explosión solar que acaba de suceder y que ha sido de tal magnitud que los expertos están preocupados por la posibilidad de que afecte los sistemas de navegación satelital; según ellos, es muy probable que eventualmente nos quedemos incomunicados y que estos sucesos modifiquen la vida moderna tal como ahora la vivimos. Estamos frente a otra paradoja: la tecnología hasta ahora nos está permitiendo intercambiar información con cualquier otra persona que se encuentre al otro lado del planeta, pero también nos está mostrando la cara adversa de la moneda: puede ser vulnerable ante la magnitud de sucesos físicos y naturales. Frente a la imposibilidad de entablar comunicación con nuestras

familias y otras personas del planeta, ¿seremos capaces de desarrollar tecnologías y herramientas mentales para comunicarnos?; si no sabemos cómo evitar los suicidios de los jóvenes y relacionarnos de otra manera que no sea mezquina e individualista, si nos maravillamos de los grandes avances en la tecnología, pero permanecemos indiferentes ante el proceso biológico de la creación de una nueva vida, ¿cómo restablecer y satisfacer esa necesidad básica de comunicación con los demás?

Las crisis han llegado a tal punto que las viejas estructuras comienzan a tambalearse. La humanidad se está viendo forzada a mirar hacia otro lado, buscando respuestas y soluciones a los desafíos que los movimientos sociales y planetarios le presentan. Quizá tengamos que hacer uso de los recursos que han permanecido dormidos y desplegar capacidades inherentes a la naturaleza humana, como el sentido de la existencia, la habilidad de crear, recrear, imaginar y expresar que se han debilitado hasta el punto de generar las llamadas enfermedades emocionales.

Centramos más la atención en cómo hacer que en cómo ser. El mundo de las preguntas fundamentales quedó excluido de la ciencia, pues la consciencia y todas las experiencias de la subjetividad son inconmensurables, por tanto, no son de utilidad; desde la perspectiva de la racionalidad instrumental, este reduccionismo en el que cayó la ciencia trajo consigo desafortunadas consecuencias para la vida humana, animal y vegetal, poniendo en riesgo la existencia de todas las formas de vida y el planeta entero. Extinción de especies, deforestación, depredación del medio ambiente, son hechos catastróficos que ya no pueden soslayarse, gritos de auxilio de un planeta que está sufriendo y, no es exagerado decirlo, que se encuentra en estado terminal, aferrándose a la vida y todavía con la esperanza de que el *homo sapiens* reaccione y ponga un alto al exterminio y sufrimiento que se causa a sí mismo.

Los fundamentos filosóficos de la modernidad y del neoliberalismo, que privilegian el afán desmedido por el enriquecimiento material, nos conducen cada vez más hacia actitudes y prácticas de competitividad, individualismo y egoísmo en los diferentes campos de la vida. Hoy la idea de que el mundo es una máquina compuesta por partes fragmentadas encuentra sus máximos representantes en los sectores que concentran la mayor parte de la riqueza del planeta, situados en los países altamente industrializados; ellos imponen las políticas educativas, económicas, sociales y culturales a los países subdesarrollados de América Latina, de manera que la modernidad es una carrera que nunca podremos alcanzar de acuerdo con los parámetros de desarrollo del neoliberalismo. Entre las paradojas de la modernidad y la globalización encontramos que a nivel mundial existe un alto crecimiento económico, tecnológico y científico, al punto de que todos podemos tener calidad de vida; sin embargo, este desarrollo conlleva también la polarización cada vez más acentuada de los países, sociedades y sectores sociales. Otra paradoja es que los países más ricos en cuanto a recursos naturales son los más pobres económicamente, pues esa riqueza no la explotan ellos, sino los más poderosos.

Esta competitividad en condiciones terriblemente desiguales nos conduce hacia dinámicas cada vez más enajenantes del sentido de la vida, independientemente de la posición social y económica en la que nos encontremos. Si somos miembros de una familia donde las necesidades más apremiantes son de subsistencia, estaremos enfocados hacia una constante lucha por conseguir los recursos básicos para sobrevivir; si, por el contrario, pertenecemos a una familia donde esas necesidades se tienen resueltas, los intereses se sustentan en la ostentación y el lucro, donde se privilegia la riqueza material y se busca tener cada vez más, y la lógica será la de ganador-perdedor; dentro de este mismo tipo de familia se encuentra la otra cara de la moneda, en virtud de que están cubiertas las necesidades materiales, sus prácticas se orientan hacia la búsqueda de calidad de vida y en este caso sí se privilegia más el ser que el tener. Aunque este último sería el tipo ideal de familia, desafortunadamente la mayoría de los seres humanos tiene puestas sus esperanzas en prioridades de subsistencia, o bien, en lograr mayor enriquecimiento material.

Cualquiera que sea el caso (incluso para quienes buscan calidad de vida), la lógica de las sociedades modernas genera dinámicas de competitividad que nos someten cada vez a más altos niveles de estrés y de fragmentación. Con la industrialización en las últimas décadas, las sociedades rurales han dado paso al urbanismo y a las aglomeraciones. El ritmo acelerado y la saturación de agendas se han vuelto condiciones de la vida moderna, las cuales, junto con la globalización, suponen por sí mismas un espíritu de competitividad y conducen a realizar las actividades mecánicamente, de ahí el carácter instrumental de la razón, perdiendo y distorsionando su naturaleza eminentemente humana al aplicarla hacia la competitividad, en lugar de orientarla hacia el bien común.

La necesidad de sobrevivir o el propósito de tener cada vez más riqueza material nos enajenan de quienes realmente somos y nos conducen hacia la pobreza espiritual y emocional. Por un lado, la visión fragmentada a la que estamos condicionados nos lleva a suponer que el despliegue de dimensiones que posibiliten el crecimiento espiritual requiere de espacios separados de las actividades laborales y cotidianas; por otro, las exigencias del liberalismo y la modernidad como políticas sociales, económicas y culturales dominantes nos imponen cada vez más altos niveles de rendimiento que rebasan los límites humanos, sin dejar margen para la atención de otras necesidades que también son básicas; más allá de lo personal, este fenómeno nos afecta a nivel social y planetario.

En medio de esta patológica alienación nos olvidamos de vivir, en el genuino sentido de la palabra, y con ello negamos y rechazamos la vida como un valor supremo y sagrado. Nos hemos convertido en nuestros propios verdugos, vivimos en la más fría y exacerbada racionalidad instrumental, que se ha tornado un fin en sí misma, así es como relegamos las experiencias de subjetividad que podrían enriquecer nuestras relaciones. En aras de un mundo moderno, con elevado crecimiento económico, científico y tecnológico, cuya lógica se expresa en un correspondiente y tremendo desfase con la consciencia, ésta, en su nivel más elevado, trascendente todavía, no alcanza

a la mayoría de la población del planeta; el promedio de la consciencia es de naturaleza egocéntrica, donde los intereses personales están por encima de los sociales y planetarios. Estamos en un precipicio insostenible; en estas condiciones es difícil construir formas de vida sustentables, no sólo en cuanto a la manera de vincularnos con el medio ambiente, sino también en cómo nos relacionamos con los demás. Sin embargo, con todo lo paradójico que parezca, son justamente las diferentes crisis las que están propiciando las condiciones sociales para la construcción de estrategias que nos conduzcan hacia la coexistencia armónica y sostenible.

El punto en el que hoy nos encontramos es definitivo: o reenderezamos el barco o nos hundimos y pasamos a ser historia como especie humana. Sabemos que la orientación que demos a nuestros estilos de vida dependerá de la manera en que nos pensemos como especie, de la respuesta que demos a la pregunta de quiénes somos. En consecuencia tendremos que plantearnos cómo impulsar una educación que permita el despliegue de las diferentes potencialidades de los estudiantes para una vida sustentable. En el siglo XX la física moderna comenzó a reconocer que el universo no es una máquina de objetos separados, sino una unidad inseparable, armoniosa e interconectada; una red de relaciones con vida, donde el observador humano y su consciencia son parte esencial. Hoy la física moderna, junto con otras teorías de vanguardia, se encuentra en condiciones de proporcionar la base científica para los cambios de visión y percepción que nuestra sociedad requiere urgentemente.

Aportes de la nueva ciencia al campo educativo

La teoría de la relatividad y la física cuántica constituyen lo que se conoce como física moderna. La física cuántica ha dejado sin piso las antiguas pretensiones del determinismo científico ante la imposibilidad de especificar completa y exactamente todas las condiciones iniciales del experimento. Esto es ideal y atestigua el carácter relativo del conocimiento. Así lo reafirman los descubrimientos físicos de comienzos de siglo, donde se da la formulación del principio de indeterminación o incertidumbre de Heisenberg, que postula la imposibilidad de saber simultáneamente dónde se halla una partícula y a qué velocidad se mueve, lo que manifiesta el carácter discontinuo de la naturaleza a escala atómica.

Este principio deja abierta la puerta de la espontaneidad y el azar en el contexto de lo científico, pues en el mundo de lo cotidiano nunca pudo estar bajo llave; porque la naturaleza sensible y cambiante del hombre siempre puso de manifiesto la creatividad artística y cultural de la sociedad como simple desobediencia a la rigidez de la razón. Evidentemente, tal perspectiva comienza a impactar al campo educativo, que hasta hace algunas décadas había sido despojado de las dimensiones subjetivas, suprimiendo con ello sus respectivas expresiones cambiantes e inciertas.

Surge así el cálculo de probabilidades y el azar cobra relevancia dentro de la ciencia, como constelación que da margen al nacimiento de la diversidad y particularidad

del mundo. Este principio junto, con el de complementariedad formulado por Bohr, recoge las distintas expresiones de la vida, las integra, porque la naturaleza puede dar distintas versiones de un mismo fenómeno según la forma como se plantee la cuestión o, mejor, según las condiciones específicas en las que se estudia un fenómeno. De esta manera, en física es imposible a nivel cuántico predecir lo que sucederá en una circunstancia específica dada, esto por cuanto el universo se nos revela como regido por una gran ley de complementariedad pues éste es tan continuo como discontinuo en su forma fundamental de existencia: el movimiento. En el mundo microscópico una partícula se manifiesta como tal si es observada, de lo contrario es una simple onda de probabilidades. ¿Qué implicaciones debería tener este hallazgo de la física moderna en el campo educativo? La comprensión de que la materia es afectada por la consciencia nos sugiere que somos los artífices de nuestras realidades y que no vivimos en un mundo predeterminado, sino cambiante, interrelacionado, dinámico e incierto. Transmitir esta información en las aulas y más allá tendrá fuertes implicaciones en el despertar de la consciencia de los estudiantes e incluso de los mismos docentes.

Por su parte, el determinismo en general no debe confundirse con el principio de causalidad; a veces se comete un error pensando que si cada suceso tiene una causa, entonces es correcto el determinismo. Sin embargo, existe relación entre determinismo y causalidad en tanto formulación de consecuencias necesarias. Todo efecto tiene una causa y toda causa produce un efecto, lo cual es válido solamente para un sistema muy bien delimitado, de tal modo que la pregunta del porqué de las cosas es independiente del principio de causalidad, pues se trata de una interrogante fundamental de la filosofía y de la ciencia en general, que busca asignar una razón a todo y una explicación del mundo. La ley de causalidad universal no es más que una ley de sucesión de acontecimientos que no implica obligación de ninguna índole.

A partir de la nueva ciencia ya no deberá haber pretensión de predecir con exactitud qué ocurrirá en el desarrollo de la sociedad mundial; basta recordar los fenómenos de la unificación de Alemania, de la caída del socialismo realmente existente, de la globalización de la economía y todas sus implicaciones. Ahora es claro que a partir del conocimiento de la sociedad actual no podemos necesariamente inferir el futuro de la misma; en otras palabras, el hoy no contiene el mañana, sino la incertidumbre. Consecuentemente, pretender determinar los resultados que obtendremos de los procesos de aprendizaje de los estudiantes a través de plantear objetivos en los programas de estudio no tendrá ningún sentido, en términos de certidumbre del aprendizaje.

Podemos programar, planificar y ordenar nuestros pasos hacia una sociedad más humana y justa como asignación de un sentido a nuestra historia, del cual es responsable el género humano. Es precisamente esa ausencia de una racionalidad distinta a la tradicional la que nos ha llevado a perdernos en la guerra, la violencia y la persistente polarización de las fuerzas y el pensamiento; este hecho pone en evidencia la necesidad de nuevas estrategias y mecanismos regionales, nacionales e internacionales de un profundo sostén de consenso, participativo y de perspectiva de análisis complejo

que neutralice a la consciencia egocéntrica y se abra a nuevas miradas de integración y equilibrio.

Esto no será posible, entre otras cosas, sin repensarnos como especie y transformar nuestra percepción de la realidad, generando con ello condiciones y relaciones sustentables con nuestros semejantes y con el medio ambiente. Se debe construir un nuevo orden económico internacional, con un desarrollo alternativo y una nueva orientación política no tradicional, sino integral; propiciar propuestas de integración e intercambio común entre los diferentes países, basadas en la equidad en su más genuino sentido y en el respeto de las diferencias entre los pueblos como posibilidades que complementen e integren, no que dividan; impulsar procesos mancomunados y amplios de transferencia y generación de ciencia, sabiduría y tecnología, en el entendido de que conformamos una sola totalidad interconectada, una red dinámica que se afecta por la acción de cualquiera de sus partes. Este es uno de los grandes aportes de la nueva ciencia, que ha cimbrado los cimientos del mecanicismo newtoniano.

En el siglo pasado y aún bien entrado el siglo XX, con el paradigma materialista, se pensó que el sólo desarrollo de las fuerzas productivas nos llevaría a la construcción de una sociedad más justa. Hoy la experiencia de los países desarrollados nos ha mostrado que esto no es así; a las fuerzas de producción hay que sumar las relaciones de producción; en otras palabras, el trabajo y la interacción son un todo integral se orienta hacia un interés común de bienestar y de emancipación, el cual es precisamente el que da sentido permanente a la vida en todas sus dimensiones. La razón tendrá que abrirse a todas las posibilidades pues, como señalan Prigogine y Stengers, en el ámbito microscópico como en el macroscópico las ciencias de la naturaleza se han liberado de una concepción estrecha de la realidad objetiva, que cree que deben negar en sus principios la novedad y la diversidad en nombre de una ley universal inmutable. Se han liberado de una fascinación que representaba la racionalidad como cerrada, el conocimiento como en vías de terminación. Ahora ya están abiertas a lo imprevisible, se han abierto al diálogo con una naturaleza que no puede ser dominada con una mirada teórica, sino solamente explorada con un mundo abierto al que pertenecemos y del que somos artífices. Esta apertura de perspectivas de la realidad tendrá que plantearse en las escuelas, sobre todo si buscamos implementar una educación con miras a una vida sustentable.

La física cuántica ha encontrado que en el nivel atómico se presenta un fenómeno de complementariedad que fusiona corpúsculos y ondas. Esto es así en tanto que el mundo atómico no responde a un orden de representación visual ni a una simple manipulación mental, sino que es simplemente una propiedad objetiva de ciertos fenómenos y objetos físicos; haríamos mal al tratar de acomodarlos en un orden de continuidad y fijación que no les pertenece y que está lejos de ser una fiel representación mental de su naturaleza, que corrobora la instancia discontinua, no lineal y de saltos, y que da validez racional al rompimiento epistemológico con las concepciones de lo idéntico y sustancial en la dimensión de lo real y cotidiano. Este mundo de cosas

nuevas no es privativo de una escala atómica sino también de una escala macroscópica, porque la necesidad de lógicas polivalentes responde a factores y circunstancias prácticas de la vida, ya que la simple cotidianidad no es comprensible de manera adecuada a partir de la dicotomía predicativa de verdadero y falso, como mero encaillamiento particular y social del sujeto.

Ahora, el problema no se resuelve con la destrucción de la racionalidad o lógica clásica, sino con la validez de la coexistencia de sistemas lógicos divergentes junto a la lógica tradicional bivalente. Esto conduce directamente al problema de la verdad, que con la aparición de las geometrías no euclídeas y el desarrollo de las lógicas plurivalentes excluye toda pretensión de verdad única y determinante; esto se refuerza por los diversos sistemas de la ciencia, de tal manera que la matemática, como la ciencia por excelencia, en razón de su universalidad y necesidad no cuenta por ningún motivo con una verdad absoluta. La verdad matemática es tan relativa e histórica como cualquier rama del saber, ya sea social o natural. La verdad matemática y geométrica se determina en razón de su coherencia lógica al interior del sistema mismo, y su utilización empírica es cuestión de elección por comodidad.

La ciencia de hoy no excluye ningún conocimiento; por el contrario, la biología molecular, la microelectrónica, la biofísica y tantas otras ciencias de reciente constitución dejan claro que se ha pasado de la sobreespecialización a la integración del conocimiento. Es importante que la ciencia contemporánea avale y reconozca el conocimiento popular porque destierra la visión cerrada de cientificidad, trascendiendo los métodos puramente empírico-positivos, permitiendo el diálogo de saberes y su interacción como distintas formas válidas de abordar un mismo problema y una misma realidad. Evidentemente esta apertura e integración del conocimiento tendrá que impactar el campo educativo, adquiriendo un sentido más incluyente respecto a los saberes que hasta hace algunas décadas habían sido relegados del conocimiento científico.

Ahora la ciencia ha reconceptualizado los conceptos de espacio, tiempo, materia, energía, causalidad, legalidad, determinismo, mecanicismo, racionalidad, y a la vez ha incorporado conceptos que siempre fueron considerados acientíficos o metafísicos, tales como la vida, el destino, la libertad, la espontaneidad, la irreversibilidad, la complementariedad y la indeterminación.

Hoy sabemos que el universo no es lineal, que el azar y la necesidad no se oponen, sino que se complementan permitiendo explicar sistemas muy alejados del equilibrio. También ha quedado claro que la razón no es hegemónica, sino abierta y que nos depara grandes sorpresas porque nos introduce en un mundo de riqueza cultural, de realidad cambiante y aleatoria que corresponde a especialidades regionales y locales, donde la creatividad del sujeto social se abre de lleno a procesos de intercambio e interacción. Hoy la ciencia ya se plantea con una naturaleza humana en el marco de una diversidad de prácticas cognoscitivas.

De acuerdo con lo anteriormente expuesto, el universo esta abierto a todas las posibilidades, ya que lejos de ser una simple máquina, es un organismo complejo,

donde el todo es igual a la parte y viceversa, por cuanto las sustancias materiales o los paquetes básicos que lo componen no son sólo objetos estáticos, porque en realidad el universo es una interminable interrelación de telarañas dinámicas. No en vano Thomas Kuhn habló de comunidades científicas, perdiendo así validez la investigación de los científicos solitarios; en otras palabras, finalmente se ha reconocido de manera abierta que el conocimiento es una actividad social; esa es la verdadera significación de la comunidad del mundo en el marco del saber y de la ciencia. Entonces, ¿por qué seguir enseñando a los estudiantes el viejo paradigma de la fragmentación y la competitividad?

Si la naturaleza y la sociedad son complejas, requerimos de un paradigma complejo del pensar que nos permita asimilar el orden-desorden de la evolución biológica y cósmica; por lo cual es prioritario apoyar y fomentar la creación de grupos y centros de investigación que asuman la inter, intra y transdisciplinariedad, que contribuyan en la implementación de un nuevo y sustentable sistema educativo. Nuestra percepción del mundo debe ser distinta a la obsoleta e insostenible de fragmentación, ya los recientes hallazgos científicos, nos sugieren la integración y no la disociación, el equilibrio y la armonía de un universo interconectado, dinámico, con vida y holográfico, en el que cada una de sus partes es fundamental en el entramado de la totalidad. Así mismo la complejidad de los nuevos y vertiginosos fenómenos a que asistimos, nos están sugiriendo una visión múltiple de un mismo objeto de manera simultánea.

Con una percepción de este tipo hablar de verdades absolutas carece de sentido y, por consiguiente el dogmatismo científico queda desterrado; de igual forma la perspectiva lineal, homogénea e insensible no tiene cabida. La ciencia ha de ser el resultado de grupos interdisciplinarios de investigación, sustentados sobre una verdad relativa enmarcada dentro del espacio y el tiempo; de connotación particular, contextualizada o regionalizada. Como consecuencia directa, estructurada en la tolerancia, el respeto, la espontaneidad y la dinámica. La ciencia entendida como cotidianidad, como diario vivir, como alimento diario de niños, jóvenes y adultos en todos los espacios públicos, hacia la formación política o ciudadana de seres humanos que procuren el bienestar para el más elevado propósito común, hombres solidarios, creativos y optimistas, éticos, soñadores y forzadores de utopías.

El principio de la ciencia, la tecnología, la educación y la cultura, como un todo, es la de procurar un mejor estilo de vida, para el más elevado bien, una naturaleza transformada ecológicamente. Se trata de la superación de la división de espíritu y materia y por tanto del restablecimiento de la unidad del universo.

Aprendizaje significativo e integral

La escuela tradicional fracciona el conocimiento, reduciendo el todo en partes. El problema es que este fraccionamiento no sólo es mental, sino también espiritual. Regularmente, las incapacidades y limitaciones de los estudiantes son generadas por

los profesores y la escuela al aplicar el pensamiento fragmentado y reduccionista. Hay quienes opinan, como Marilyn Ferguson, que ni siquiera un médico detenta tanto poder como un profesor con sus estudiantes, su influencia es tremenda, sobre todo en los más vulnerables. Incluso, hay casos en los que la escuela todavía genera ese sentimiento de intimidación que provocaba años atrás. Muchas veces nos limita a no hacer aquello que nos gusta y nos obliga a memorizar contenidos que ni siquiera tienen relación con nuestra vida y entorno, cuando en realidad lo que los estudiantes buscan es conocer algo que les resulte familiar y con sentido, por el vínculo que pueda tener con lo ya conocido; es decir, con el mundo de la vida cotidiana, real y concreta. De ahí la importancia de que las aulas se conviertan en lugares generadores de conocimiento a partir de la reflexión conjunta, donde el docente pase de ser un dictador a un coordinador, que guíe a los estudiantes por el camino no sólo del conocimiento puro y simple, sino fundamentalmente de la sabiduría; que si en el sendero va adelante es porque ya lo recorrió, no por ser mejor o superior.

Tristemente, una de las fuentes más importantes de las enfermedades culturales se encuentra en la escuela. La educación tradicional es la mejor prueba de que nos quedamos con la educación que fue formulada para otro contexto histórico. Incluso mucha gente se siente desengañada de la educación tradicional, en parte porque los niños ni siquiera aprenden lo más elemental, como escribir y leer, y porque la escuela es terriblemente deshumanizante, al grado de representar espacios de agresión entre los mismos estudiantes. Hace ya algunas décadas que algunos expertos en la materia han sugerido que la escuela ha muerto como una institución que debe responder a las necesidades no sólo intelectuales, sino también, y fundamentalmente, a las humanas y sociales. En ese sentido, quizá, podríamos encontrar contraposición con la educación extraescolar, sin el afán de privilegiar una y descalificar la otra, pues ambas obedecen a un pensamiento fragmentado y mecánico. Lo cierto es que la educación extramuros es generalmente más significativa en la medida que se encuentra más articulada a las necesidades vitales del ser humano.

En la educación formal, los aspectos que se contemplan obedecen a políticas educativas ligadas a intereses de mercado que poco o nada tienen que ver con el contexto socioeconómico de los estudiantes. Parte erróneamente del supuesto de que lo que se enseña es un conocimiento bueno e importante para la vida de quien lo aprende. Usualmente se pretende que los estudiantes entiendan sin hacer alusión a sus experiencias de vida; el cuerpo conceptual está totalmente desarticulado de la praxis o, en el mejor de los casos, los conceptos en la escuela se basan en la organización de prácticas de un mundo ajeno al suyo. En cambio, en la vida cotidiana son los propios sujetos los que definen qué problemas van a solucionar; ahí la educación tiene además un carácter mucho más general: el conocimiento se genera espontáneamente, sin horarios ni formalidades, al mismo tiempo que se experimenta con el fluir de la vida. Aunque a una edad temprana los niños tampoco eligen qué quieren aprender, sí tienen mayores posibilidades de transformar los contenidos. Los procesos de apropiación y

generación del conocimiento son más dinámicos y ricos en los contextos donde hay lazos afectivos y de confianza.

Además, la educación informal, aunque no es integral todavía, cuando menos es más significativa, porque las actividades cotidianas van acompañadas por alguna fe o confianza, pues el pensamiento cotidiano está directamente articulado con la praxis. Todo lo que se enseña y aprende es significativo en tanto que responde a necesidades de un contexto concreto, familiar y grupal. En esa medida prevalecen más los valores de solidaridad y cooperación que los individualistas y competitivos; pues en estos espacios cotidianos los aprendizajes están orientados, aunque de manera inconsciente, hacia la construcción de una identidad cultural y una forma de vida. Esta reflexión nos sugiere que la escuela debería considerar y retomar los métodos y contenidos de la educación extraescolar; de esa manera la escuela sería una institución capaz de articular y sistematizar los contenidos de la vida y para la vida. Evidentemente, teniendo como pilar la investigación científica, tendría que trascender los contenidos extraescolares, más allá de la transdisciplinariedad y de lo significativos que puedan ser los conocimientos fuera de la escuela, también es importante la integración de las distintas dimensiones del ser humano, pasar de totalidades sistémicas a totalidades más elevadas, en las que se consideren conocimientos de orden superior, es decir, articulados con la sabiduría, para dar respuesta a preguntas fundamentales y generar otras más profundas. De esa manera, el sistema educativo dejaría de ser un instrumento de poder al servicio de los intereses elitistas, para estar al servicio de toda la humanidad.

El sistema escolar, mediante distintas operaciones de selección, separa a quienes poseen capital cultural de aquellos que carecen de él; tiende a perpetuar las diferencias sociales ya existentes. Lo diferente en cuanto a raza, religión, color o creencias, en lugar de ser honrado como complemento, es motivo de discriminación y separación. Pero estas diferencias no se consideran en la formación de los estudiantes; la diversidad cultural se reduce y se somete a la estandarización de los conocimientos, métodos y pedagogías; se establecen formas de aprendizaje muy escolares y una analogía con el ámbito de la empresa.

Un ejemplo ilustrativo de que la educación extraescolar tiene un carácter más sustentable es el trabajo titulado *En la vida diez, en la escuela cero*.¹ Mostrando en sus diferentes investigaciones que los niños aprenden de manera práctica las matemáticas y resuelven con ellas problemas concretos, aun cuando en la escuela no las entiendan. Esto confirma la tesis de que en buena medida el fracaso de la escuela estriba justamente en la desarticulación entre el campo conceptual y las prácticas cotidianas. Mientras en la escuela se hacen cuentas para obtener una calificación y pasar el año, incluso en muchos casos sólo para cubrir cuestiones formales, en la vida cotidiana

¹ Terezinha Carraher et al., 2000. *En la vida diez, en la escuela cero*. México. Siglo XXI Editores.

se aprenden las matemáticas o se adquieren otros conocimientos para negociar, convencer o vender. El sentido del aprendizaje no es el mismo que el de la escuela. En la vida cotidiana, al tiempo que se aprende matemáticas se aprenden las distintas formas de relacionarse con los demás. Así es como el conocimiento práctico a la vez que se genera implica el despliegue de valores que fortalecen los lazos comunitarios.

Los métodos del aprendizaje extraescolar son más flexibles y abiertos; por ejemplo, en el marco de la actividad cotidiana la práctica de las matemáticas no se lleva a cabo según la lógica clásica de las matemáticas escolarizadas; en el ámbito informal puede ocurrir un descubrimiento a partir de la inducción y después comprobarse en el terreno formal; aun cuando en la escuela no sean aceptados los procesos inductivos, el aprendizaje de las matemáticas puede darse a partir de los eventos del mundo. Esto indica que la vida es mucho más compleja, diversa y abierta que la reduccionista educación intramuros. Las matemáticas son sólo un ejemplo de los procesos de aprendizaje en el contexto extraescolar y cotidiano, pues con esta disciplina no se agota la cantidad y diversidad de conocimientos que se generan en los procesos de interacción con los otros y con el entorno.

Siguiendo con el ejemplo de las matemáticas, este campo en la vida cotidiana supone una forma particular de organizar los acontecimientos y objetos del mundo. Terezinha Carraher² cita el siguiente caso que nos permite observar y confrontar la lógica de los espacios informales y de la escuela: si tuviéramos que distribuir cantidades iguales de granos de frijol entre treinta familias desde la perspectiva de la escuela, tendríamos que contar grano por grano y dividirlos entre treinta y así cada familia tendría su parte correspondiente. Sin embargo, en el mundo de la vida diaria eso resulta absurdo, en cambio es más práctico medir los granos por latas y, de acuerdo con la cantidad, se distribuyen entre las familias; se puede proceder de la misma manera si se tiene una balanza: se pesan y se reparten en partes iguales. Seguramente la manera en la que se aborda este conocimiento es lo que lo hace difícil e inaccesible para muchos.

En el estudio de Terezinha Carraher se demuestra que el sistema de cálculo utilizado en las escuelas no es inherentemente superior al que se utiliza en algunas situaciones de la educación informal; por ejemplo, en el caso que estos autores estudian, la mayoría de las personas no emplean los procedimientos aprendidos en la escuela, de manera que el proceso de aprendizaje en la educación informal está directamente vinculado a la práctica, mientras que en las escuelas gran parte de lo que la gente necesita aprender permanece oculto o tergiversado. Muchas veces, cuando algunos adultos aprenden a leer, aprenden más rápido las palabras que para ellos tienen algún significado real, a diferencia de aquellas que no lo tienen, de ahí que la experiencia cotidiana enriquece de significados los conocimientos que ahí se adquieren. Los trabajos presentados en

En la vida diez, en la escuela cero lo ilustran ampliamente; por ejemplo, en uno de ellos³ encontraron que los maestros constructores de obras, usando la misma estrategia de los estudiantes, eran más eficientes; observaron que en la vida cotidiana las matemáticas se encuentran más ricas en significados, mientras que en la escuela el aprendizaje está distanciado de las prácticas diarias. “[...] No resolvemos un problema sobre dinero en la escuela usando dinero. No resolvemos un problema de cortar un pedazo de alambre en partes iguales midiendo y cortando. No resolvemos una división de canicas entre niños distribuyendo canicas”⁴ [...].

Por otra parte, en la escuela se enseñan conceptos estandarizados y con métodos universales sin tomar en cuenta las diferencias culturales que operan en situaciones particulares y dan significado a los conceptos: “[...] Lo que distingue esas situaciones cotidianas de las situaciones escolares es el significado que tienen para el sujeto [...]”.⁵ De acuerdo con este estudio, la educación informal sí atiende la diversidad de habilidades que la sociedad exige para sobrevivir; ahí se tiende a privilegiar ciertos campos de aprendizaje; otros, en cambio, se descalifican o se colocan en una posición de inferioridad. Si bien los aprendizajes extraescolares son más significativos en la medida que se encuentran directamente vinculados a las necesidades concretas e inmediatas, no son todavía integrales y sustentables, pues hace falta ir más allá de la cultura de los grupos sociales, ya que ésta expresa una concepción fragmentada y reduccionista del mundo, igual que en las escuelas. Incluso, en muchas culturas encontramos elementos que implican violencia, confrontación y división. Al reivindicar la educación extraescolar se trataría, en todo caso, de contemplar la noción de transculturalidad e integrar aquellos conocimientos de ambas partes que recuperen su complejidad e integridad.

Aunque la educación es una de las instituciones menos dinámicas y la escuela refleja una forma de pensar, por fortuna podemos modificar esa filosofía que, por cierto, hoy en día su transformación es de imponderable relevancia, pues sólo con una nueva perspectiva se pueden generar nuevos programas en la educación. Más allá de la escuela, hay escenarios donde diferentes personas de distintos países se están agrupando para experimentar el autoconocimiento, muchas de ellas están ligadas a la educación y se están transformando personalmente. Incluso, algunos pensadores están realizando investigaciones sobre los impactos sociales que tiene la meditación, encontrando, por ejemplo, que los índices de delincuencia pueden disminuir con dichas prácticas.

Estas redes se apoyan en la investigación científica, y uno de los aportes más sorprendentes que se están haciendo y que con seguridad traerá relevantes consecuencias en el campo educativo es sobre el funcionamiento del cerebro y el desarrollo de

² *Ibid.*, p. 13.

³ *Ibid.*, p. 129.

⁴ *Ibid.*, p. 159.

⁵ *Ibid.*, p. 189.

la consciencia, ambos como fundamentos generadores de las circunstancias. Estos avances nos están ayudando a comprender que si queremos desarrollar nuestro potencial en dicho quehacer, tenemos que cambiar nuestras percepciones de la realidad y concordantemente la forma de desempeñarnos como docentes.

Currículum sustentable

Considerando la pluralidad epistemológica y la complejidad de los aportes científicos de la nueva ciencia, es posible proponer un currículum integral, y sustentable en el campo educativo. Desde esta perspectiva emergente e integral el estudiante debe ser considerado como una totalidad que tiene diferentes dimensiones. La educación oficial de las sociedades modernas hasta ahora no considera ese carácter multidimensional, pues los planes de estudio y contenidos de la currícula están enfocados fundamentalmente en la dimensión cognitiva, que se refiere básicamente a los diferentes procesos del pensamiento y al razonamiento lógico sustentado en una concepción fragmentada e instrumental, acorde con la metáfora del estudiante como una máquina. De ahí que el resto de las dimensiones sean ignoradas y en consecuencia los procesos de aprendizaje se encuentren muy lejos no sólo de ser significativos, sino fundamentalmente integrales.

Regularmente, las otras dimensiones son excluidas, como la *social*, que posibilita la construcción de significados compartidos, en tanto que el aprendizaje sucede en un contexto social que prácticamente va más allá de las aulas. El estudiante, en su condición de sujeto, está orientado a la comunidad y a la justicia social, pero con la educación convencional se ha perdido esta cualidad. La dimensión *corporal* en las escuelas se limita a la gimnasia y a los deportes, pese a que en su sentido integral debiera incluir prácticas diversas que proporcionen bienestar en un sentido amplio (respiración, yoga, alimentación, ejercicio, etc.). La dimensión *afectiva* también ha sido excluida de los espacios escolares, mientras que los procesos de aprendizaje genuino deberían comportar una carga emocional afectiva, en tanto que la razón y la emoción son dos aspectos inseparables. Paradójicamente, la concepción de la educación oficial no permite tal integración, por el contrario, puntualiza conductas rígidas que separan a profesores y estudiantes: pareciera que a mayor formalismo y distancia entre ambos, mayor aprendizaje de los segundos, así es como ambas partes hemos aprendido a reprimir y disimular emociones, pese a que las consecuencias ya han sido ampliamente expuestas. El mismo destino de exclusión tiene la dimensión de la *estética*; sin embargo, la educación debe ser más un arte que una tecnología, a través de la cual se genere el despliegue de la creatividad y belleza como expresión de la vida interior y de los procesos que otorgan sentido a la existencia; por ello, debe estimularse en sus diferentes manifestaciones. La dimensión *espiritual* sería considerada el corazón de una educación integral y sustentable, pues entendida como “estado de síntesis y de unidad con uno mismo, con los otros y con el todo, como el arte de la sublima-

ción y reconciliación con las energías primordiales y el consecuente desapego de las formas reactivas del yo”,⁶ nos conduce a formas de vida incluyentes que anteponen el bienestar colectivo a los intereses personales e individualistas; sin embargo, la escuela ha relegado también esta trascendente dimensión.

Si pensamos en una educación para una vida sustentable, necesariamente tendremos que considerar el problema desde una perspectiva integral y radical. Esto supone replantear la educación en toda su complejidad y en el contexto de un paradigma con fundamentos filosóficos distintos de la realidad. Hasta ahora la educación ha sido concebida de manera fragmentada, reduccionista y mecánica, donde los estudiantes son tratados como objetos que reciben una enorme cantidad de información, en tanto que el conocimiento se considera privilegio de los docentes. El quehacer de los profesores todavía es ejercido de forma eminentemente tradicionalista, en el que unos enseñan y otros aprenden, negando y cerrando con ello toda posibilidad de construcción conjunta del aprendizaje y la generación del conocimiento, que se amplíe y enriquezca más allá de las aulas. En las escuelas enseñamos más en qué pensar que a pensar, limitando con ello las posibilidades de las preguntas.

Sin embargo, el aprendizaje en su sentido integrador supone pasar de una consciencia egocéntrica a una sociocéntrica o cosmocéntrica, que beneficie la vida como valor supremo y como un todo inseparable y sagrado. Más allá de lo académico, tenemos la necesidad y urgencia de fomentar las experiencias personales y directas de totalidad, buscando antes que el beneficio personal el bienestar común, donde todos salgamos ganando, pues no se trata de separación, sino de unidad; de actuar con la certeza de que nada está separado. Indudablemente, la espiritualidad en su sentido más genuino, y no como doctrina dogmática, sería la columna vertebral de una educación que nutra lo mejor de cada estudiante y que propicie aprendizajes teóricos y prácticos tendientes hacia una vida sustentable en todos sus campos y dimensiones, cuyo principio rector implique el respeto y la reverencia por la vida. Cuando los procesos de aprendizaje se articulan con las experiencias de interioridad es posible encontrar el sentido profundo de la existencia, sólo entonces el mundo externo es significativo, en la medida que atiende las necesidades esenciales del ser humano, y entonces arribamos a la sabiduría, trascendiendo al conocimiento.

La educación actual pone énfasis en elevar el coeficiente intelectual de los estudiantes, la excelencia y los altos puntajes académicos, atendiendo a políticas cuyos parámetros son retomados de la lógica empresarial. Las necesidades vitales de los seres humanos son relegadas como algo irrelevante, de ahí que las reformas educativas estén más bien orientadas a satisfacer necesidades de mercado, concentradas en un mínimo porcentaje de la población mundial, mientras que el peso de las crisis econó-

⁶ Salgado Román, Juventina. 2007. *Valores, espiritualidad y conciencia*. México. Ediciones Eón, p. 51.

micas, sociales y culturales recae en la gran mayoría de los sectores más vulnerables. Millones de niños mueren de hambre y millones de personas se suicidan por segundo, mientras que otras tantas padecen enfermedades emocionales.

Educación para una vida sustentable supondría generar aprendizajes que consideren al estudiante como un ser humano pleno, completo y, en consecuencia, que impliquen cambios profundos de consciencia, tanto en los docentes como en los estudiantes, donde se tomen en cuenta las diferentes dimensiones y en esa medida se impulse el desarrollo de capacidades mentales que han sido ignoradas y limitadas al uso de 7% del cerebro, si no es que menos, como lo señalan recientes investigaciones de científicos de la llamada nueva ciencia, sobre todo en el campo de la psiquiatría y la neurofisiología. Sin duda, históricamente ha sido conveniente para los poderosos mantener en la ignorancia a millones de personas, discriminando algunos sectores de la sociedad, como a los ancianos, por ejemplo, cuando bien podríamos aprovechar su sabiduría; vivimos en un mundo que se ha vuelto singular y estandarizado, y no plural. Afortunadamente, la idea del siglo XIX de considerar al estudiante una máquina está dando paso al planteamiento de que somos organismos red, en los que hay vida y movimiento, y en ese sentido la especie humana debe ser honrada y respetada como diferente, pero como parte de una misma totalidad y con la misma naturaleza.

El sistema educativo prevaleciente enfoca su atención en la formación de buenos profesionistas, según los principios del mercado, y ni siquiera con una lógica buena más amplia. Sin embargo, las crisis actuales nos están empujando a reflexionar acerca de cómo formar profesionistas capaces de integrar diferencias de este mundo tan diverso, cómo aceptar diferentes culturas, con horizontes globales, no nacionales, en lugar de dividir y confrontar. Paradójicamente, las crisis a nivel planetario están generando movimientos sociales preocupados por los más recientes y catastróficos diagnósticos del planeta. Hoy no basta con hacer de los estudiantes sólo buenos profesionistas, urge educarnos tanto docentes como estudiantes para ser mejores seres humanos, capaces de trascender la pobreza emocional y psicológica en la que hemos caído, y generar no una revolución con violencia, sino una interior y de consciencia con carácter más evolutivo, que permita recuperar nuestra más genuina condición racional y humana. El aspecto cognitivo es importante y tiene su lugar igual que los otros, pero por estar desvinculado de las demás dimensiones conduce a la formación de profesionistas competitivos e individualistas, justamente porque con esta educación la preocupación está centrada en lo material y no en cómo vivir en el estado del ser. A los futuros profesionistas se les enseña más cómo hacer que cómo ser; el bienestar material es importante, pero no es suficiente si se deja de lado el desarrollo espiritual.

Más allá de la interdisciplinariedad que propone la educación mecanicista, hay saberes en el mundo cotidiano que constituyen la transdisciplinariedad y que trascienden el conocimiento de las disciplinas; en la medida que se generan en las necesidades concretas e inmediatas, se articulan las diferentes dimensiones de los distintos niveles de totalidad. Mientras que la educación mecanicista concibe el conocimiento de

manera fragmentada, una visión de sustentabilidad lo entiende de modo integral, no sólo en sentido sistémico, sino en el trascendente e incluyente. Se trataría de una educación no sólo empírica-analítica, sino también integral. Hasta ahora el modelo educativo mecanicista es reduccionista, pues parte del principio de causalidad sugerido por la física newtoniana, cuyos conceptos de espacio y tiempo son absolutos y deterministas, es decir, cuando se conoce la posición exacta de una partícula, se podrá saber también su velocidad y viceversa. Este planteamiento, trasladado al campo educativo, significa que si enseñamos los contenidos de determinada currícula y con cierta pedagogía, lograremos los objetivos propuestos en nuestro programa, como si hiciéramos piezas de un auto y supiéramos anticipadamente para qué servirá cada una. En general, el pensamiento derivado de los planteamientos de la física clásica sugiere un mundo predeterminado, con certidumbre más que con incertidumbre y apertura a las diferentes posibilidades. Cancelando así todo margen para el asombro, la sorpresa, la imaginación y la capacidad de generar belleza y dotar de sentido a la vida.

Por otra parte, la educación oficial está centrada en enseñar: el profesor enseña y los “alumnos” deben aprender, si no aprenden, entonces no son inteligentes y, por tanto, son discriminados. Aunque ahora la atención empieza a enfocarse en el aprendizaje, lo único que se ha hecho es trasladarnos al otro aspecto de la dualidad, y así sigue polarizado el pensamiento. Desde esta perspectiva pareciera que los focos de atención son los estudiantes o los profesores. Es el pensamiento dualista el que sigue prevaleciendo, sugerimos que éste debe ser reemplazado por la construcción conjunta de verdaderas comunidades de aprendizaje, en las que todos los involucrados generemos procesos de conocimiento.

Todavía sigue prevaleciendo la vieja teoría de que los seres humanos poseemos dos tipos de inteligencia, a saber, la lógico-matemática y la verbal; pese a que recientes investigaciones están encontrando que tenemos o podemos desarrollar por lo menos siete tipos diferentes (por cierto, la más reciente se refiere a la inteligencia espiritual). La concepción fragmentada y reduccionista de la educación conduce a que el profesor se asuma como único portador del conocimiento y de la inteligencia y, en ese sentido, es el que enseña; por tanto, el compromiso del profesor es, a lo sumo, explicar bien, y si el estudiante no aprende, no es por “incapacidad” del profesor, sino del estudiante como receptor de la educación. Este paradigma está dando paso a uno integrador y sustentable en el que tanto estudiantes como profesores aprendemos con un currículum dinámico y no estático.

En concordancia con la cosmovisión heredada por la física clásica, el sistema educativo oficial también se asumió como predeterminado y causal, de manera que si se conocen los contenidos que se enseñarán, se sabrá anticipadamente los objetivos que se alcanzarán, de ahí que éstos se enfaticen y se planteen de un modo que puedan ser casi medibles. Sin embargo, los hallazgos de la física moderna sugieren el principio de la incertidumbre, que comienza ya a influir en una nueva visión del campo educati-

vo, planteando el conocimiento como indeterminado a partir de un currículo centrado en preguntas y en la naturaleza humana como generadora de cambios profundos en la consciencia; en ese sentido la educación es entendida como transdisciplinaria, mientras que el currículum de la educación mecanicista está centrado en disciplinas y en la ciencia que genera sólo cambios superficiales de la conducta.

La educación oficial escolarizada se realiza sólo como una disciplina académica, pues parte de una psicología mecanicista y reduccionista que supone que es posible conocer la dimensión externa y cuantitativa del universo sin antes conocernos a nosotros mismos. La educación sustentable que aquí proponemos se sugiere como un campo de indagación y, por tanto, de construcción, entendiendo que los seres humanos atraviesan su propia subjetividad como procesos de autoconocimiento, que amplía, enriquece y resignifica la percepción del mundo externo.

La UNESCO ha planteado cuatro postulados o pilares: 1) aprender a aprender, 2) aprender a hacer, 3) aprender a vivir juntos, 4) aprender a ser. Sin embargo, en la escuela generalmente sólo se toman en cuenta los dos primeros, mientras que los menos considerados son “aprender a vivir juntos” y “aprender a ser”. En este sentido tampoco podemos hablar de una educación integral, porque centrar la atención en la dimensión cognitiva conduce a una atención parcial y fragmentada de estos postulados. Aplicarlos en su totalidad supondría el despliegue de la multidimensionalidad del estudiante como un ser humano pleno y complejo.

“Aprender a ser” es el principio menos comprendido en la educación oficial y el más importante para el desarrollo evolutivo e integral de la especie humana y para una vida sustentable, como aquí lo estamos planteando, pues supone autoconocimiento de quiénes somos y del lugar que ocupamos en este mundo. “Aprender a ser” es un proceso que nos lleva a hacernos conscientes de nuestra naturaleza esencialmente espiritual, de que estamos interconectados en este grandioso organismo vivo llamado Tierra. Sin embargo, al parecer, este postulado también se ha entendido en sentido muy reduccionista, despojándose de su carácter filosófico como naturaleza divina.

Cuando la transformación se da desde la consciencia, se proyecta en todos los espacios de la vida, de manera que se impacta tanto el mundo externo como el interno. Cambiar la perspectiva desde la consciencia nos conduce hacia la reintegración como unidad de síntesis y totalidad, ampliando con ello nuestro sentido de identidad y, por ende, crece la capacidad de establecer relaciones de armonía con los otros, la comunidad, la sociedad, el planeta y todo el universo. Una educación que contemple este pilar de la UNESCO en su sentido más genuino nos abrirá nuevos horizontes para que tanto estudiantes como profesores construyamos alternativas que nos hagan sujetos capaces de convertir los espacios educativos en lugares sagrados, en lugar de campos de batallas académicas y de despliegues egocéntricos y reactivos. En esa medida se verá favorecida nuestra capacidad valorativa hacia la trascendencia y, por tanto, a respetar toda **forma de vida** de la que somos parte esencial. Al relegar las experiencias subjetivas y al desatender la revitalización de nuestro mundo interno, los docentes

erróneamente creemos que podemos cambiar a nuestros estudiantes al hacer de ellos sólo buenos profesionistas, pero no mejores seres humanos.

Los aprendizajes de la educación que todavía ejercemos están orientados hacia el insuficiente y parcial desarrollo del pensamiento, mientras que los de una educación más integradora y sustentable tendrían que considerar el desarrollo de la inteligencia, pero no aquella que se reduce a la lógico-matemática y verbal, sino la que busca el desarrollo pleno de las personas, para que se conozcan a sí mismas y, por tanto, sean capaces de responder a la pregunta de “¿cuánto es suficiente?”, sin que se altere el equilibrio de los ecosistemas. Considerando que, de acuerdo con la teoría de las inteligencias múltiples propuesta por Howard Gardner, el ser humano puede desarrollar por lo menos siete inteligencias, a saber: lógica-matemática, lingüística, musical, corporal, espacial, interpersonal e intrapersonal, esta última tendría que ser el fundamento de las otras, porque el arte de llevarse bien consigo mismo, amarse y respetarse, impactaría a las demás. ¿Cómo podemos desarrollar esta inteligencia si siempre estamos mirando hacia fuera? De ahí la importancia del autoconocimiento que ya sugerían filósofos como Sócrates y Platón. Hoy, con estudios posteriores a los de Gardner, se están considerando posibles la inteligencia *naturalista* y la *onírica*; además, está planteándose con fuerte reconocimiento y amplia aceptación la inteligencia espiritual cuyos supuestos darían soporte a una educación para una vida sustentable.

Inteligencia espiritual como fundamento de una educación sustentable

La IES es la inteligencia que descansa en esa parte profunda del ser que está conectada con la sabiduría más allá del ego o de la mente consciente. Es la inteligencia con la que no sólo reconocemos los valores existentes, sino que creativamente descubrimos nuevos valores. La IES no depende de la cultura ni de los valores.

DANAH ZOHAR

En la primera parte del siglo XX la inteligencia intelectual fue novedad e impactó los espacios escolares, tanto que ha sido parte esencial del sistema educativo tradicional. Esta teoría ha contribuido a las prácticas fragmentadas del conocimiento, al separar a los estudiantes “inteligentes” de quienes no lo son. Hoy todavía se encuentran manifestaciones de esta visión reduccionista de la inteligencia, especialmente en las escuelas de nivel básico, donde los estudiantes que no entran en los parámetros de los “inteligentes” son discriminados.

Ya para los años noventa, Daniel Goleman plantea su teoría de la inteligencia emocional, a través de la cual se reconoce que los seres humanos poseemos una dimensión

emocional tan importante como la cognitiva, cuya inteligencia puede también desarrollarse o poseerse igual que la del coeficiente intelectual.

Más tarde, Howard Gardner expone su teoría de las inteligencias múltiples, hoy ampliamente conocida en el campo de la pedagogía. Él plantea que existen cuando menos siete inteligencias, incluyendo la lógico-matemática y la verbal. Evidentemente, no todos poseemos todas estas inteligencias, pero lo cierto es que todos somos inteligentes en algún sentido o, como dice Goleman en su libro *El espíritu creativo*,⁷ todos somos buenos en algo. Como vemos, estas teorías echan abajo el binomio de inteligentes-tontos y reivindican la diferencia como parte de la unidad. En términos generales, estos son los antecedentes de la inteligencia espiritual, que sientan las bases de un pensamiento más integrador del conocimiento y de los estudiantes.

¿Por qué es importante comprender estas teorías y fundamentalmente impulsar el desarrollo de la inteligencia espiritual en el quehacer educativo?, justamente porque es esta inteligencia la que nos posibilita generar valores esenciales que nos integran con otras formas de vida y con todos los ecosistemas como parte vital de las redes de organismos vivos del planeta. Es la inteligencia espiritual la que nos permite restaurar el equilibrio y reintegrarnos en una totalidad armónica. Veamos por qué.

Danah Zohar plantea la inteligencia espiritual como parte esencial del reconocimiento de lo que somos y como base fundamental para encontrar el sentido profundo de la vida, sosteniendo que somos seres espirituales en la medida en que nos hacemos preguntas fundamentales, condición inherente al ser humano desde sus orígenes y a lo largo de toda su historia. De hecho, la necesidad de que las cosas tengan algún sentido ha permitido la evolución de la consciencia, así como la capacidad de enjuiciar y valorar situaciones.

Esta inteligencia permite que los seres humanos seamos creativos y capaces de cambiar las circunstancias, mientras que el coeficiente intelectual y la inteligencia emocional no son suficientes para explicar la complejidad de la inteligencia del ser humano, aunque son importantes en la vida humana. La inteligencia emocional no nos permite reconocer en qué situación nos encontramos para comportarnos adecuadamente, en cambio la inteligencia espiritual sí. Prácticamente, ésta integra todas nuestras inteligencias, complementándose. Al coeficiente intelectual y a la inteligencia emocional les falta una fuente común con la que se puedan integrar; es decir, carecen de la dimensión transpersonal. De ahí que la inteligencia espiritual represente un posible proceso terciario que unifica, integra y potencialmente transforma creativa y significativamente el material que nace de los procesos del coeficiente intelectual y de la inteligencia emocional. Así es como la inteligencia espiritual nos ayuda a encontrar el sentido de la vida, nos enriquece y nos hace completos.

La búsqueda de sentido nos permite expresarnos como los seres espirituales que somos y es la motivación principal de nuestras vidas. A juicio de Zohar, las crisis exis-

tenciales de hoy son eminentemente de naturaleza espiritual; cuando las cosas materiales o los *status* sociales ya no son suficientes para una satisfacción más profunda de la vida y producen vacío, se puede generar una crisis de sentido, y nace entonces una necesidad más trascendente y espiritual. Zohar sostiene que estas crisis son típicas de jóvenes sensibles, que tienen voluntad de sentido pero que se sienten frustrados en el mundo de hoy; seguramente por eso es que en nuestra sociedad se ha agudizado el suicidio en los jóvenes, pues las crisis de significado pueden incluso ocasionarlo. Paradójicamente, es justamente ahora que la filosofía y las humanidades en general tendrían más que hacer en el ámbito del ser y la concordante reflexión existencial, cuando están siendo atacadas, excluidas y hasta desaparecidas de los planes de estudio de algunas instituciones educativas a nivel mundial. Esto evidencia los intereses de grupos sociales dominantes antepuestos al bien común.

Sin embargo, más allá de las reflexiones que en el campo de la filosofía tradicional se hacen, hoy más que nunca requerimos conocer el mundo interno que nos permita respondernos a las preguntas fundamentales; si no sabemos quiénes somos y cuál es nuestro lugar en este mundo, tampoco sabremos hacia dónde ir. Es en ese sentido amplio y profundo que la filosofía tendría que reivindicarse, pues en el reduccionista hasta ahora no ha encontrado respuesta a esas preguntas, las cuales curiosamente están siendo resueltas en la nueva ciencia, especialmente es la física moderna, desde Einstein para acá, la que está dando respuesta a las preguntas fundamentales que el hombre se ha hecho desde sus orígenes, de ahí que para algunos científicos como Stephen Hawking la filosofía haya muerto. Sin embargo, la alusión no es general, se refiere a la filosofía oficial que privilegia fundamentalmente el pensamiento y la reflexión, sin la experimentación. Sin embargo, la filosofía perenne, como la sabiduría de todos los tiempos y de todas las tradiciones religiosas, está resurgiendo con mucha fuerza; la misma teoría de la inteligencia espiritual ha nacido en este marco.

Las crisis espirituales son típicas de esta sociedad, justamente porque se han alcanzado niveles de desequilibrio bastante altos; al enfatizarse el bienestar sólo en la vida material y relegar dimensiones vitales del ser humano, el desfase se acentúa. Sin embargo, la gente está buscando algo más que lo material, algo que satisfaga necesidades trascendentes, sobre todo quienes ya tienen satisfechas sus necesidades básicas de sobrevivencia. Especialistas en temas de la consciencia sostienen que comienza a haber un enorme despertar espiritual y que de hecho ya ha comenzado una revolución interior, entendiendo que desde ahí surge la fortaleza y la sabiduría que necesitamos para reivindicarnos en la grandeza de quienes realmente somos.

Por paradójico que parezca, las mismas crisis son las que nos están empujando hacia nuevas formas de percepción. Nuestra sociedad moderna vive en una época sin objetivos claros, hemos perdido el sentido de los valores fundamentales pues, como dice Zohar, nuestra sociedad es espiritualmente pobre, y esta miseria no es privativa de una clase social, cultural o religiosa, sino un fenómeno que expresa ignorancia del ser y en ese sentido tiene mayor impacto en los niveles de consciencia y consecuencias desastrosas para la vida de las diferentes especies del planeta; por eso, hoy más

⁷ Goleman, Daniel. 2000. *El espíritu creativo*. Buenos Aires. Editor Javier Vergara.

que nunca necesitamos desarrollar una inteligencia que nos permita expandir el sentido de identidad y ejercer el más amplio e incluyente, para asumirnos como la familia humana que somos, más allá de las fronteras que nos separan; aun más, configurar una identidad que abrace la vida misma en cualquiera de sus formas. La única que por su carácter transpersonal nos ofrece esa posibilidad es la espiritual.

La educación centrada en los conocimientos orientados hacia el *status* y el enriquecimiento material no es alternativa para restablecer el equilibrio que los seres humanos hemos roto con el medio ambiente, así como para acabar con las crisis sociales y hasta existenciales que nosotros mismos hemos provocado. Los valores esenciales están subordinados a la formación puramente instrumental de los estudiantes, incluso la misma razón tiene ese carácter, en tanto que se reduce al desarrollo del intelecto, de la ciencia y la tecnología. El acelerado crecimiento se encuentra en desfase con el desarrollo interior de la consciencia humana. Este desfase conduce a prácticas dañinas para la vida y los ecosistemas, al hacer un uso inadecuado de los descubrimientos de la ciencia y la tecnología. Si bien es importante y necesario el desarrollo científico y tecnológico, la evolución de la consciencia es fundamental para que estos avances se orienten hacia el beneficio de todos y hacia la formación de mejores seres humanos. En este sentido la inteligencia espiritual representa la vía que articula la vida interna con la externa y que nos lleva a la comprensión profunda de la responsabilidad que tenemos como sujetos creadores de las circunstancias sociales y ecológicas.

La escuela y los valores

Desafortunadamente, hemos desarrollado la tendencia a responsabilizar a los demás de las consecuencias desastrosas de nuestros propios estilos de vida. De ahí que con frecuencia en el campo educativo algunas personas piensen que son los jóvenes y sus ideas absurdas y liberales quienes han llevado a este país y al mundo al desastre. Sin embargo, generalmente no son sólo ellos quienes destruyen los bosques, sino fundamentalmente los adultos; los primeros seguramente preferirían que hiciéramos algo al respecto; no son los jóvenes quienes agotan la capa de ozono, sino los que junto con los demás padecen las consecuencias y piden que se detenga ese proceso; no son los jóvenes ni los niños quienes explotan a los pobres del mundo, sino los adultos que detentan el poder; no son quienes fijan impuestos onerosos para después usar el dinero en la guerra y la maquinaria de guerra, sino los que piden detener esta situación; ellos no ignoran los problemas de los débiles y oprimidos, permitiendo que cientos de personas mueran de hambre cada día en nuestro planeta aun más que suficiente para alimentar a todos sus habitantes, sino los que piden un alto a la miseria humana, no sólo económica. Lo anterior lo evidencian los diferentes movimientos sociales de jóvenes que se están manifestando en distintos puntos del planeta, con sus nuevas modalidades de lucha y de manifestar su inconformidad ante el control y la manipulación de unos cuantos, cuyas estructuras por fortuna comienzan ya a desmoronarse.

Los jóvenes tradicionalmente reproducen políticas de engaño y manipulación, como hábitos arraigados. Ellos, en todo caso, reproducen un sistema de valores que limita, separa y confronta a través de un discurso que aliena y fortalece formas de vida dañinas para la vida del planeta entero. De hecho, tanto los jóvenes como los niños son los menos responsables del deterioro que hemos causado al planeta y de las relaciones sociales discordantes que establecemos; ellos lo han aprendido muy bien y nosotros somos sus mejores maestros en el arte de la simulación. De ahí que muchas veces ellos expresen con mayor fuerza la violencia, sobre todo actualmente, cuando en algunos sectores de la sociedad los jóvenes se agrupan en pandillas y se matan mutuamente. No son escuchadas sus necesidades, tampoco se les presta atención. El problema es que ellos son nuestro reflejo, aprenden las prácticas de los adultos, como en el caso de la violencia: si ellos no respetan el orden es porque sus padres y los profesores no predicamos con el ejemplo, porque no tenemos orden, paz interna ni autovaloración por nosotros mismos mismos. Nos guste o no, las nuevas generaciones son nuestro espejo; si ellos son violentos, es porque nosotros mismos, en algún nivel y de alguna manera, lo somos; si son eminentemente materialistas, es porque observan que nuestras prácticas enfatizan dimensiones materialistas. ¿Qué podemos enseñar si no es la miseria espiritual que padecemos? No es posible dar lo que no se tiene, es un principio básico.

Los estudiantes aprenden por memorización e imitación, pues no les enseñamos a reflexionar críticamente, les enseñamos sobre qué pensar, pero no a pensar. Ellos aprenden más por lo que observan que por lo que escuchan y los profesores, en la mayoría de los casos, decimos una cosa pero hacemos otra. El discurso no es congruente con la práctica, por eso los valores esenciales para una vida sustentable no se pueden enseñar a través de legislarlos, sino mediante la manifestación concreta de estilos de vida diferentes, donde ellos sean incluidos y tomados en cuenta. El sistema educativo parte del supuesto de que los contenidos y la forma en que se enseñan son buenos, pero ni los niños ni los jóvenes son considerados en las reformas curriculares que las instituciones educativas implementan. Ni siquiera éstas se contemplan en las políticas educativas, por eso los mismos docentes no nos sentimos identificados con sus contenidos, pues resultan ajenas y alejadas de nuestro propio contexto.

El desafío es tratar a nuestros estudiantes como seres pensantes y honrar su naturaleza divina, como espíritus creativos e ilimitados, no como objetos que podemos moldear y manipular a nuestro antojo, partiendo del supuesto erróneo de que somos los únicos poseedores de la verdad. Evidentemente, no es fácil proyectar los valores esenciales, en tanto que no sabemos quiénes somos, pues desconocemos nuestra propia naturaleza de seres multidimensionales. ¿Cómo enseñar la paz si nosotros mismos somos violentos? Pretendemos evitar la violencia con la misma violencia en cualquiera de sus formas. No sabemos cómo enseñarles a ser amables, porque nosotros mismos no somos amables, en el sentido más genuino de la palabra. La amabilidad es una cualidad que emerge de la capacidad interior de amarnos, eso está muy lejos de

los objetivos de la educación pragmática que impartimos en las escuelas. Las bases filosóficas de las que partimos sugieren que el desarrollo de esas dimensiones son apenas epifenómenos, por tanto, irrelevantes para grupos sociales que priorizan el desarrollo material e inmediato sin pensar en las consecuencias a largo plazo.

Educación para una vida sustentable supone transformaciones profundas del mismo pensamiento que rige la vida de los hombres; supone transformar radicalmente la misma filosofía de la educación en atención al tipo de ser humano que queremos para un mundo con ecosistemas equilibrados. Esto implica una enorme responsabilidad para quienes nos desenvolvemos en el campo educativo: tendríamos que revisar a conciencia no sólo nuestro propio quehacer en la docencia, sino también nuestros comportamientos cotidianos más allá de la escuela, las formas en que nos conducimos en la vida y nuestro posicionamiento en cuanto a la responsabilidad que tenemos como especie. Tendríamos que preguntarnos si estamos de acuerdo en erigirnos como nuestros propios jueces y confrontar a nuestras sombras, tarea que no carece de dificultad, porque vivimos en un mundo con una conciencia básicamente egocéntrica, donde todos son responsables menos nosotros.

En las escuelas no sólo se permite, sino también se alienta la competitividad. Al final de cuentas, los diferentes concursos a los que se convoca a los estudiantes implican una lógica de ganadores-perdedores. “[...] Actualmente, en la gran mayoría de las escuelas y universidades, especialmente privadas, se estimula a los estudiantes a que sean competitivos, triunfadores, líderes, asertivos; se piensa que esto es bueno para el alumno y la comunidad, comúnmente se recurre a la frase <<te estás quedando atrás>> para incitarlos, irresponsablemente, a la competición”.⁸

En el aprendizaje se premia a quien se considera más “capaz”, según la idea predominante de la inteligencia. Igual sucede con el ritmo de aprendizaje: quien aprende más rápido es reconocido y recompensado con buenas notas. Pese a que en las últimas décadas se han desarrollado teorías que sugieren distintas formas y ritmos de aprendizaje, como las “inteligencias múltiples” y los “distintos estilos de aprendizaje”. Estos aportes en el campo de la pedagogía apenas son tomados en cuenta, seguramente porque el discurso nos empuja más hacia la atención de las políticas educativas que a los ejercicios sugerentes de los resultados de las investigaciones.

Pocas veces se les enseña a los estudiantes de los diferentes niveles educativos el arte, como la pintura, la música y la danza, por ejemplo, que permitirían desarrollar dimensiones distintas a las del intelecto y lograr cierto nivel de sensibilidad ante el sufrimiento y las alegrías, así como el goce de la belleza. La imaginación es una actividad que se coarta desde una edad muy temprana y con ello, la capacidad de maravillarse por el milagro de la vida. Se reprime lo que es natural en los niños y en su lugar se fomenta lo antinatural, como los videojuegos, cuyo contenido es sumamente

violento, o el consumo de productos extremadamente dañinos para la salud por su alto contenido en químicos y bajo nivel nutritivo.

En la escuela regularmente no se fomenta el aprendizaje de la lógica y del pensamiento crítico, que coadyuvan en la solución de problemas y el despliegue de creatividad, ni siquiera en las instituciones donde se imparte la Filosofía, pues junto con la Estética es una de las disciplinas más vulnerables frente a las políticas educativas de las últimas décadas. La propia intuición y el autoconocimiento se relegan como instrumentos de aprendizaje, en tanto que no contribuyen al enriquecimiento de los grupos transnacionales y poderosos.

Pese a que se ha demostrado la incompetencia de los sistemas de memorización acrítica para evolucionar como especie, aún seguimos utilizándolos. Quizá tenemos que plantearnos por qué no enseñar conceptos y valores esenciales, en lugar de materias, y por qué no hacer planes de estudio alrededor de ellos. Evidentemente, ello supondría que los libros de texto, las lecturas más avanzadas y todos los contenidos, desde los más sencillos hasta los más complejos, girarían alrededor de los valores esenciales. Es decir, serían historias de conciencia, de honestidad, de responsabilidad, en lugar de los cuentos o historias que exaltan la competitividad y la ley del más fuerte. Del mismo modo, la escritura giraría alrededor de los mismos valores esenciales y los otros que se vinculan con éstos a medida que se avance en los niveles educativos, que posibiliten la exploración y autoexpresión. Esto supone tres cosas: a) repensar y replantear una filosofía de la educación para el ser humano que queremos formar, a partir del tipo de sociedad que queremos tener; b) repensar cuáles son los valores que asumiremos socialmente como esenciales; c) los valores esenciales representarían los ejes transversales de todo el sistema educativo, desde los básicos hasta los superiores. Evidentemente esta perspectiva supondría una transformación paradigmática profunda, que supondría el derrumbe de viejas estructuras obsoletas, no sólo del campo educativo, sino de todas aquellas que lo sostienen.

Incluso, disciplinas como las matemáticas, la aritmética y la computación tendrían que enseñarse dentro de este marco, para dejar de ser simples abstracciones y recuperar su propósito de origen, es decir, volver a ser instrumentos fundamentales para la vida. Se trata de un modelo educativo que contemple, además de los conceptos esenciales, también aquellos con los que están vinculados, es decir, con aquellos que no son precisamente esenciales, sino secundarios. Para una educación con estas características tendremos que buscar estrategias de investigación que nos permitan conocer los fundamentos primordiales que nuestra sociedad requiere y anhela. De ahí que un modelo sustentable no puede emanar de las políticas educativas implementadas a partir de intereses de grupos, sino de los intereses comunes de bienestar.

Existen muchos conceptos acerca de que todos los niños deberían comprender profundamente más allá de la reproducción mecánica que ocurre en el seno de la familia y que más tarde se extiende a las aulas. Si queremos una sociedad de seres humanos completos, tendremos que pensar y actuar desde una concepción de unidad, en lugar de la fragmentada. Regularmente el sistema educativo que tenemos frag-

⁸ Gallegos Nava, Ramón (comp.). 1998. *¿Hacia dónde vamos?* México. Pax, p. 84.

menta el conocimiento a tal punto que los mismos grados de escolaridad aparecen como discontinuos y, por tanto, desvinculados, pues no existe un seguimiento ni en los contenidos ni en la pedagogía. Estas rupturas muchas veces son violentas; con frecuencia los inicios de ciclos escolares son motivo de tensión para los estudiantes, en lugar de motivación y alegría. Entonces, ¿por qué no hacer de la escuela un lugar de optimismo y confianza? Las cosas más importantes de la vida no se enseñan en la escuela, pero allí se adquiere el resentimiento, el odio y la competitividad; por ejemplo, no se enseña qué significa la responsabilidad, la honestidad y la tolerancia, pero sí se alientan actitudes competitivas del “más fuerte” o del “más inteligente”.

Sólo si comprendemos nuestra propia responsabilidad en lo que hacemos como humanidad, podremos asumir también que el sentido como las elecciones que hacemos en las diferentes situaciones son nuestras, pues ninguna otra especie es tan responsable como la humana. Aunque parezca paradójico, es el mismo ser humano quien genera sus propios problemas; en consecuencia, en él mismo se encuentran las soluciones también, somos la especie con mayor capacidad de destrucción y autodestrucción. Cuando asumamos que todos somos responsables del mundo que tenemos, entonces la responsabilidad será una acción y no una reacción de buscar y señalar culpables. En buena medida, el problema radica en que no compartimos los mismos significados de los valores más fundamentales, pues éstos tienen connotaciones distintas, según los intereses de grupo. El pensamiento neoliberal se ha encargado de distorsionar el sentido genuino de la libertad, la democracia y el respeto; por ejemplo, no hay acuerdo para entender los conceptos más básicos de una sociedad.

La escuela está muy lejos de enseñar a los estudiantes sobre el sentido auténtico del poder, como energía que emana del interior para proyectarla hacia el bien común; por el contrario, se asume como la capacidad de someter y dominar a los vulnerables y, por tanto, como privilegio de unos pocos. Tampoco enseñamos a nuestros estudiantes cómo resolver de manera pacífica los conflictos, pero sí los motivamos a ser lo suficientemente “listos” como para defenderse de los demás.

La desconfianza es un ingrediente que está presente en las relaciones humanas y que prácticamente las rige, de ahí que difícilmente establezcamos relaciones abiertas, espontáneas y francas con otras personas. Este manejo inadecuado e insano de las emociones, en tanto que se reprimen, impacta la vida no sólo de los estudiantes, sino también de todos los que estamos involucrados en los espacios académicos y fuera de ellos. Actualmente, esto está comenzando a enseñarse a través de cursos sobre relaciones humanas, pero debieran ser disciplinas de los planes de estudio, o bien, contenidos transversales de todos los cursos en lugar de actividades ocasionales. Lo cierto es que una nueva forma de pensar ha comenzado a abrirse camino a partir de los aportes de distintas teorías, y está impactando también el campo de la educación, aunque se observa que el proceso suele ser más lento que en otros; por una parte, los nuevos hallazgos científicos llegan tarde y, por otra, la resistencia a lo novedoso es fuerte, mientras que los apegos a las viejas formas y contenidos de una educación están muy arraigados.

Quizá suene a osadía o utopía plantear reformas profundas y radicales en el campo educativo, pero nuestra misma propuesta de sustentabilidad supone reivindicar la capacidad de imaginar y soñar del ser humano, lo que conduciría a recuperar el sentido auténtico de los valores que rigen nuestras relaciones con el medio ambiente y con nuestros semejantes. Cada uno de estos conceptos esenciales puede ser por sí solo un curso, recuperando así su lugar, y no impartirse como una fracción o una unidad de unos cuantos días dentro de un semestre. Supondría cursos independientes de cada concepto esencial, como la vida, el poder, la responsabilidad, la honestidad o el amor. Evidentemente, esto significa más que una simple reforma, una revisión y transformación profunda de los planes de estudio en las escuelas, de una formación basada en valores. Hasta ahora se enseñan hechos sociales, pero no las dimensiones subjetivas que los generan; esto último sería crucial para la comprensión del ser humano.

Se trataría de enfocar la atención fundamentalmente en las cualidades comunes que nos unen como humanidad, tanto de los estudiantes como de los profesores, más que en las diferencias superficiales. Bajo estos supuestos se debe impulsar la unidad y la mayor comprensión de los conceptos esenciales, a partir de transformaciones profundas en las estructuras que supongan la construcción de un sistema de valores diferentes en el que los sucesos y estadísticas se entiendan como resultado de interacciones de sujetos y no como simples hechos; por ejemplo, enseñar a los niños desde una edad muy temprana los conceptos como la vida y el respeto a ésta, pues hasta ahora nuestro sistema educativo enseña primero hechos fríos, carentes de subjetividad. Los niños desde muy pequeños aprenden a leer, a escribir y a memorizar, pero también a competir, a maltratar y hasta a golpear a los demás niños, formas reactivas y defensivas de relacionarse que se prolongan a lo largo de la vida. Entonces, ¿por qué no anteponer el aprendizaje de formas sanas y sustentables de relacionarnos?, ¿por qué no reemplazar la competitividad y el egoísmo por la solidaridad y la cooperación? Para una sociedad que tiene la necesidad y la urgencia de ser sustentable, es más importante que los estudiantes comprendan por sí mismos y desde pequeños el significado de la honestidad y la responsabilidad antes que memorizar las tablas de multiplicar o la suma de cantidades.

Como ya lo hemos señalado, el modelo educativo debe plantearse en función del tipo de sociedad y de hombre que queremos, es decir, el punto de partida debe ser una filosofía de la educación. Hoy tenemos un sistema educativo poco claro en ese sentido, en el que el discurso de sus políticas es doble y confuso. Por un lado, se enfatiza la importancia de los ejes transversales como el axiológico, por ejemplo, pero, por otro, se imponen políticas orientadas a satisfacer necesidades de mercado cuyo carácter es eminentemente competitivo. La educación no debería ser un instrumento para satisfacer intereses de grupos, sino los de la sociedad en su conjunto. El problema de fondo radica en una concepción equivocada del mundo, una cosmovisión en la que todo está separado y desconectado. Esta forma de pensar ha conducido a que los hombres política y económicamente más poderosos actúen en función de beneficios

inmediatos, sin pensar en las consecuencias a largo plazo, en relación con el medio ambiente y con los recursos naturales en general. Pero, ¿qué destino queremos como especie humana y hacia dónde vamos? Según la respuesta, tendremos que definir si la prioridad en las escuelas es fomentar la sabiduría articulada con el conocimiento o simplemente contempla este último.

Con la educación estandarizada la dimensión afectiva pasa a segundo plano. Por fortuna, ya existen algunos indicios de la funcionalidad de modelos educativos que la contemplan como eje crucial del proceso. De hecho, los pioneros han sido los grandes pedagogos como Steiner Waldorf, en cuya escuela el profesor recorre con los estudiantes todos los niveles básicos de la primaria y la escuela elemental, de manera que el vínculo afectivo que mantiene con los niños es fuerte. Como bien lo han sustentado investigadores en este campo, el afecto genera un ambiente de confianza y seguridad, que, a diferencia del estrés, facilita el aprendizaje de manera significativa e integral. Estos modelos educativos puntualizan la importancia de las relaciones humanas en un contexto de confianza y amor, tanto como los hechos que el estudiante tenga que aprender. Esto es un indicio de que pese a la lentitud, el proceso ha comenzado, estamos dejando atrás la consciencia egocéntrica y dando paso a la sociocéntrica, que supone reconocer y reivindicar nuestra propia grandeza como sujetos sociales.

Espiritualidad: el corazón de una educación sustentable

El tema de la espiritualidad requiere la mayor precisión posible, puesto que es uno de los más delicados y malinterpretados, consecuencia del pensamiento occidental moderno que lo relegó al rechazar el dogma religioso de la Edad Media. Con el pretexto de diferenciar los diferentes campos colocando cada uno en su lugar, se despojó la vida humana de su naturaleza esencial; con la pretensión de erradicar el dogma, se arrasó con todo lo que tuviera un tinte religioso, sin comprender que la espiritualidad es una dimensión de índole trascendente, más allá de cualquier conjunto de creencias; es laica, lo cual no se relaciona con la religión ni con ninguna doctrina dogmática. De ahí que si comprendemos bien el Artículo 3º constitucional, al plantear una educación laica no se está negando la espiritualidad, sino la religión como institución organizada y dogma, por eso es importante diferenciar una de otra. Con ese malentendido, el sistema educativo ha desterrado la espiritualidad de las aulas, pese a que ésta, en su sentido más genuino, no promueve creencias ni religiones.

Si en las escuelas comprendiéramos la naturaleza trascendente de la espiritualidad y la fomentáramos, tanto estudiantes como profesores ejerceríamos prácticas de solidaridad, concordia y respeto, honrando lo sagrado en cada ser humano y en las diferentes formas de vida del planeta, puesto que entendemos por espiritual todo aquello que trae paz, salud, bienestar, modos de vida que nos hermanan como una sola familia al reconocernos como un solo ser, con distintas expresiones pero con una sola consciencia, de ahí que la espiritualidad se exprese en prácticas sustentables, en

tanto que el “otro” o lo “otro” existe sólo como algo diferente en cuanto a raza, cultura, religión, creencias, pero no esencialmente; por eso, la espiritualidad nos conduce a comprendernos en el “nosotros”, y en esa medida no da lugar a la intolerancia ni a la violencia.

Sin embargo, la educación fomenta prácticas que separan a partir de las diferencias superficiales; enfatiza la identidad cultural, que si bien es importante en tanto que aporta riqueza de saberes, no debiera ser motivo de disociación apoyándose en la diferencia, sino de integración. La espiritualidad es inherente a la naturaleza del ser humano; de hecho, la historia de la humanidad nos muestra que el hombre nunca ha podido desterrar el anhelo por conectarse con lo trascendente. No ha existido, a través de la historia, ninguna sociedad humana que no haya tenido alguna forma de espiritualidad, pues es parte esencial del significado de la existencia.

Desafortunadamente, nos hemos mantenido en la ignorancia en cuanto a que no somos seres humanos viviendo experiencias espirituales, sino seres espirituales viviendo experiencias humanas. Esta verdad ha sido desdeñada por un pensamiento que privilegia lo material como la base de todo y ha traído consecuencias devastadoras para la vida del planeta. Sin embargo, es justamente por las preguntas fundamentales que aparece la necesidad de contactar con la realidad superior, que, por cierto, no es monopolio de las religiones, sino parte esencial del ser humano. La educación rechaza la espiritualidad confundiendo con religión, entendida esta misma en el peor sentido, no en su connotación genuina de re-ligar.

El sustento teórico de la espiritualidad se encuentra en la filosofía perenne. Esta es una realidad divina sustancial en el mundo de las cosas, vidas y mentes, la sustancia divina que es común a todo. Este aspecto se encuentra presente en todas las tradiciones religiosas. Todo ser humano tiene como fin último descubrir quién es, no como conjunto de aspectos externos de personalidad, sino en cuanto a naturaleza divina. Las más recientes investigaciones en las diferentes disciplinas están revelando que el universo es holográfico, esto significa que desde el macrocosmos hasta el microcosmos todo en esencia es lo mismo; la minúscula partícula contiene al todo y viceversa. Esta realidad trascendente tiene un carácter invariable; como experiencias de autococonocimiento están centradas en las dimensiones internas, por eso es que no se trata de más cantidad, sino de lo más real como cualidad sutil. Dentro de cada persona mora lo divino; la razón tiene un lugar importante como instrumento de su propio campo y herramienta para acceder a otro conocimiento, con poderes más trascendentes y una vida moral más elevada.

Con la ciencia mecanicista y fragmentada se separó el conocimiento científico del campo de lo divino. En virtud de que con los instrumentos científicos no se podían conocer realidades sutiles, éstas fueron negadas y relegadas como epifenómenos que no merecían el rango de ciencia. Fue así que las dimensiones esenciales de la humanidad quedaron desterradas de la vida y la ciencia desplazó la tradición y lo cualitativo. Con el paradigma mecanicista hemos sido condicionados a creer que lo único real es lo mensurable y lo tangible, y a través de un discurso alienante hemos olvidado

preguntarnos quiénes somos. De esa manera experimentamos la vida y las relaciones carentes de afectividades profundas que hermanen; nos regimos por la satisfacción de necesidades materiales inmediatas, sin pensar en las consecuencias a largo plazo, poniendo los ecosistemas a nuestro servicio; nos hemos convertido en depredadores de lo más bondadoso que tenemos. Ese desconocimiento de quienes somos nos ha llevado a prácticas que disocian y confrontan; usamos y abusamos de los recursos de la naturaleza de forma indiscriminada y cruel. Las prácticas de una consciencia egocéntrica se nos están revirtiendo con mucha fuerza y tristemente el campo de la educación sigue siendo instrumento de control y poder. Los directamente involucrados en el quehacer educativo seguimos actuando como si no pasara nada, inmersos en dinámicas que alienan y que están al servicio de las clases sociales económicamente poderosas.

Paradójicamente, estas crisis que nos están colocando al borde del precipicio también nos están empujando a que hagamos una revisión profunda de quienes somos, pues es justamente esta ignorancia la que nos está llevando a generar nuestro propio exterminio. El tema de la espiritualidad en las últimas décadas está siendo retomado con mucha fuerza. Como expresión de autoconocimiento, en la filosofía griega se planteaba ya la importancia de descubrir y reconocer la naturaleza divina de los seres humanos. Sócrates decía “conócete a ti mismo”, Platón enfatizaba el papel de los filósofos para ayudar a las personas a recordar la luz. ¿Cómo generar prácticas sostenibles, si no sabemos cuánto es suficiente sin detrimento de los ecosistemas? Y para saber cuánto es suficiente es necesario conocer nuestra propia naturaleza, percatarnos de que somos una misma esencia y un mismo organismo con el planeta, entonces comprenderemos que nos estamos autodestruyendo al destruir al medio ambiente y a los recursos naturales.

Hoy, en el marco de las crisis sociales, económicas, culturales y existenciales, están resurgiendo fundamentos filosóficos que recuperan la dimensión espiritual como el centro del conocimiento que soporta todos los espacios de la vida humana, de todo organismo vivo. Los cambios que suceden en los escenarios educativos nos plantean la posibilidad de abrirnos a nuevas miradas, para no continuar por el camino instrumental y mecanicista de la modernidad, sino asumir la visión alternativa de una educación integral que nos permita reivindicar la grandeza de lo que somos como totalidad, no superiores a otros o a la naturaleza. Los hallazgos más recientes de la ciencia nos están sugiriendo que la especie humana posee potencialidades enormes, que desafortunadamente ha encaminado mal, por lo que ha generado los problemas más graves en la historia del planeta. Ante semejantes disyuntivas, es hora de preguntarnos qué estamos haciendo los educadores para resarcir los daños.

La educación centra la atención en los conocimientos pragmáticos orientados hacia la satisfacción de las necesidades externas solamente, relegando las de orden trascendente que nos permitan experimentar el estado del ser. De ahí que la enseñanza de los valores se subordine a la formación puramente instrumental de los estudiantes. Como señalamos arriba, el acelerado crecimiento mecanicista del conocimiento y la

tecnología se encuentra en desfase con el desarrollo interior de la consciencia humana, ello nos conduce a una aplicación inadecuada de los hallazgos de la ciencia y del desarrollo de la tecnología. Si bien son importantes los avances científicos y tecnológicos; la evolución de la consciencia es fundamental para que dichos progresos se orienten hacia el bienestar común y hacia la formación de mejores seres humanos, capaces de vivir en armonía con sus semejantes y con la vida en todas sus formas. Las escuelas, hasta ahora, están muy lejos de ser espacios que permitan a los estudiantes la exploración del mundo interno, donde la consciencia se asuma en su sentido más amplio y genuino, donde la percepción no se reduzca al mundo material y externo, sino al interno y profundo de quienes somos.

La espiritualidad ha sido tratada como un asunto irrelevante en nuestras vidas y su sentido genuino se ha desvirtuado a tal punto que se le confunde con un conjunto de creencias dogmáticas, vinculadas a alguna iglesia, basadas en la autoridad, con fenómenos paranormales, categorías psicológicas, desarrollo humano o transpersonal, dependiente del tiempo y del conocimiento, de la cultura, ligadas a la memoria o al pensamiento, como un asunto personal y que depende de la riqueza o la pobreza material. Esta mala interpretación de la espiritualidad se ha extendido al campo educativo, manifestándose en una currícula cerrada y desprovista de contenidos y métodos que exploren nuevas posibilidades de aprendizaje y de construcción del conocimiento. De este modo, la escuela predetermina una sola forma de hacer bien las cosas, articulada fundamentalmente con la dimensión cognitiva; en lugar de enseñar a los estudiantes a pensar y estimularlos a plantear preguntas fundamentales, les decimos sobre qué pensar, limitando la amplia gama de potencialidades que poseen como sujetos capaces de elegir entre la complejidad de posibilidades para enriquecer la vida como familia humana.

La espiritualidad es interna y vivencial, mientras que la institución religiosa organizada es ortodoxa autoritaria. Las tradiciones convencionales dicen muy poco de las experiencias subjetivas de sus creyentes; en todas las tradiciones se tiende a socavar la confianza en la experiencia directa, aunque ésta es más importante que la tradición, pues la auténtica espiritualidad puede encontrarse dentro y fuera de ella. Sin embargo, las tradiciones religiosas nos proporcionan un código ético, cultural y comunitario, además de un conjunto de creencias, que si bien son necesarias, no son suficientes. Con la espiritualidad se desarrolla la consciencia a niveles más elevados, con un sentido de identidad transpersonal e incluyente, una consciencia que entiende la vida con un significado más profundo y trascendente, que incita a ser honrada como valor supremo. Por eso la espiritualidad debe ser fundamento para una educación sustentable, que nos permita la formación no sólo de buenos profesionistas, sino que fundamentalmente propicie la construcción conjunta de profesores y estudiantes como mejores personas, con una consciencia planetaria y no egocéntrica.

La espiritualidad en sentido genuino es la dimensión incondicionada de la vida. Es experiencia personal y directa de totalidad y síntesis, no se enseña como cualquier otra disciplina, es más, ni siquiera se aprende, sólo se recuerda, despertando a lo que

ya somos, de ahí la importancia del autoconocimiento. Éste no se adquiere por la experiencia de otros, sino que se experimenta directamente. La espiritualidad no se puede enseñar, pero sí se puede reconocer a través del recuerdo de quien soy a través de la propia experiencia. ¿Por qué recordarla y no aprenderla? Según los hallazgos más recientes y la sabiduría ancestral, toda la información se encuentra registrada en nuestro ADN, de manera que sólo necesitamos reactivarla, y esto es posible a través de técnicas de autoconocimiento. Sin embargo, las instituciones educativas enfocan más su atención en dimensiones externas del conocimiento que en las internas de la sabiduría. La escuela está hecha para desarrollar capacidades y habilidades que permitan al egresado ocupar un lugar y tener un *status* en la sociedad, que sea capaz de sobresalir en su campo, lo cual supone ser mejor que otros; no está hecha para que el estudiante explore el mundo de su interioridad y recuerde su naturaleza multidimensional.

El reconocimiento de quiénes somos nos permitirá comprender, más allá de la razón y la lógica, que no hay ninguna necesidad de competir con nuestros semejantes, en ningún sentido, así como también nos permitirá entender la necesidad de cuidar los recursos de la naturaleza y restablecer el equilibrio de los ecosistemas como parte esencial de la vida. La bondadosa Gaia nos recuerda que hay suficiente para todos, pero la distribución es desigual, además de que explotamos los recursos naturales sin retribuirle sus nutrientes, depredando el medio ambiente. Por eso es importante educar para una vida sustentable, donde asumamos al planeta como a nosotros mismos, como un ser vivo multidimensional.

La espiritualidad es universal porque su desarrollo nos lleva a comprendernos en interconexión y totalidad con el cosmos, a entender que cada evento, por aislado que parezca, afecta de alguna manera al todo. La espiritualidad parte de esta comprensión para procurar el bienestar común. El propio desarrollo espiritual es el de los demás; como hologramas, somos todos trascendentalmente lo mismo. Esta concepción del mundo es fuertemente aceptada y fundamentada por la física moderna, concretamente por la cuántica. Los mismos científicos están verdaderamente sorprendidos por las evidencias de sus resultados en cuanto a la naturaleza de interconexión entre la especie humana y otras formas de vida. Entonces, ¿por qué en las escuelas todavía seguimos manejando contenidos obsoletos?, ¿por qué nos encontramos tan desactualizados de los más recientes hallazgos de la ciencia? Sin embargo, el mundo está cambiando, están cambiando las percepciones de la realidad. Hay grupos que se están organizando para trabajar con su propia interioridad y afectar favorablemente el curso de los eventos planetarios, mientras que en las aulas vivimos enajenados de realidades que nos rebasan. Si bien estamos al día con noticias que informan de los acontecimientos sociales, económicos y culturales estamos desinformados de los sucesos astrológicos, planetarios y de consciencia que nos están obligando a cambiar radicalmente nuestros estilos de vida.

La espiritualidad es el contexto cósmico último de significado, es la expresión de lo que somos en esencia, lo que nos permite encontrar el sentido profundo de la vida más allá de la materialidad; esa dimensión nos ayuda a expresar lo mejor de nosotros a partir de nutrir nuestro mundo de vida, de reconectarnos con nuestro ser, con la comunidad, con la sociedad, con el planeta y con el kosmos.⁹ Justamente porque nos permite ser mejores personas, es fundamento de la sustentabilidad en la connotación amplia en la que aquí la estamos entendiendo. Como lugar de genuinos valores, nos conduce a respetar y exaltar la vida en todas sus formas, el ejercicio de la espiritualidad nos permite desarrollar los valores universales que nos llevan a coexistir en armonía, amor, respeto, compasión y paz en el planeta, con las demás personas y con las otras especies. Supone experiencia y comprensión de la totalidad que somos, comprendernos uno en lo trascendente, a pesar de las diferencias superficiales.

Espiritualidad es percepción de lo ilimitado; con el paradigma mecanicista-cientificista nos condicionamos a pensarnos, además de separados, limitados; el mundo entero se pensó con límites. Sin embargo, la genuina espiritualidad es la percepción de lo que somos como seres trascendentes: más allá de la percepción física, nos conduce hacia una constante evolución de consciencia expandida e incluyente, es la percepción de una realidad superior que no tiene límites, sino posibilidades infinitas, como lo está respaldando la física moderna.

Además, la espiritualidad es amor incondicional y genuino como valor universal; supone interés por el bienestar de los demás como el de uno mismo. El único interés en el amor incondicional es procurar el bien de todos, sin importar creencias, razas, religiones, culturas o cualquier otra diferencia irrelevante ante lo verdaderamente esencial que todos compartimos. Como lo señala la filosofía del tantra, mi placer estriba en dar lo mejor de mí a la vida, al mundo, a los otros. Sin embargo, ¿cómo enseñar estos fundamentos filosóficos en las escuelas? Es posible sólo a través de las transformaciones radicales y profundas de la percepción del mundo, revolucionando la consciencia, no cambiando las circunstancias externas, pues son reflejo del mundo de la subjetividad. No negamos la importancia de las prácticas que modifiquen y eleven las formas de vida, pero sí enfatizamos la relevancia de reivindicar las dimensiones internas como la espiritualidad y la consciencia.

La espiritualidad comienza con la mirada hacia el interior, para recordar, como decía Plotino, porque allí está todo, allí está la belleza; ese mundo se proyecta hacia el mundo externo, a partir del contexto de su desarrollo que se encuentra en las experiencias subjetivas. Si bien el resto de las experiencias tiene importancia, es a través de la subjetividad que damos significado a las cosas y encontramos el sentido de la vida. Este proceso interno de autoconocimiento que significa evolución de consciencia, es el que nos conduce a ciertas actitudes y comportamientos, el que nos

⁹ Kosmos, con *K*, indica el sentido más amplio e incluyente que trasciende al sistémico.

abre la posibilidad de ser mejores seres humanos desde una percepción de totalidad e interconexión. Nos permite comprendernos interconectados e indivisibles, con todo y con todos; nos conduce hacia la comprensión de nuestro origen e identidad común, como transcultural, como uno mismo con el universo.

Una educación para una vida sustentable nos permitirá orientar nuestro quehacer con apertura, para que los estudiantes aprendan a pensar en las preguntas fundamentales como: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿cuál es mi vínculo con los demás seres humanos y con otras especies?, ¿adónde voy después de la muerte? Estas y otras preguntas que nos planteamos a lo largo de la vida son las que nos conectan con una realidad superior. Independientemente del campo o disciplina en el que nos encontremos, los principios fundamentales de la espiritualidad deberán ser ejes transversales en su más amplio y auténtico sentido, no sólo como preocupación que se plasma en el discurso escrito o como modelo educativo de una reforma que responde a políticas más que a necesidades reales de la inmensa mayoría de los ciudadanos. Más allá del ámbito académico, somos seres complejos y multidimensionales que necesitan reintegrarse como totalidad y como parte de algo trascendente.

Las experiencias que nos llevan a estar presentes de manera creativa y plena en la sociedad y en la vida expresan la espiritualidad. En el mundo contemporáneo, en general, es muy difícil comprender lo que esto significa, su importancia y práctica. Estamos condicionados a vivir mirando hacia fuera y según el ritmo que nos marca nuestra sociedad, al punto que restamos importancia al autoconocimiento y a todo lo que tenga que ver con el desarrollo de la consciencia. En una sociedad como la nuestra, donde los intereses están puestos básicamente en el desarrollo personal e individual, resulta un desafío desarrollar la espiritualidad en medio de la competitividad que absorbe la mayor parte de nuestro tiempo y nuestra atención; sobre todo porque concebimos separadamente cada dimensión, y la espiritualidad no es la excepción, pues, de acuerdo con el pensamiento fragmentado, se disocia de los diferentes espacios de la vida, como el de la escuela. Con esa lógica está diseñado nuestro sistema educativo, con el pretexto de que la educación debe ser laica se ha desterrado de las aulas lo más sagrado de los seres humanos, confundiendo espiritualidad con doctrinas dogmáticas. Sin embargo, desafío o no, tenemos la urgente necesidad de replantearnos la visión y percepción del mundo, para hacer de éste un lugar donde podamos vivir juntos en concordia y en paz; una concepción que coloque cada cosa en su justo lugar y la inteligencia espiritual ocupe el lugar que le corresponde, como base de los valores esenciales y universales y como fundamento del sentido profundo de la vida.

El propósito de una educación para la sustentabilidad es procurar el desarrollo pleno de los estudiantes a través de la integridad de la educación. Se trata de un desarrollo enfocado hacia la interconexión armónica de las partes para incluir más del todo y generar mayor sentido humano y planetario. El reto es pasar de modelos fragmentados y reduccionistas a modelos integrales e incluyentes que consideren al hombre un ser subjetivo, completo y trascendente. Una sociedad integral y sustentable es un compromiso consecuente con el bienestar de toda la humanidad, concebida

como espacio social incluyente de todos los grupos, basada en el respeto a la diversidad cultural, con la lógica de ganador-ganador.

Esta propuesta educativa sugiere percibir la complejidad humana con una perspectiva transdisciplinaria, considerando que las disciplinas académicas, si bien son necesarias, también son insuficientes. La misma ciencia no es suficiente para comprender la multidimensionalidad del hombre y de la realidad. Los estudiantes no pueden ser reducidos a patrones objetivos de sus prácticas y ser evaluados con medidas estandarizadas; el ser humano comporta una subjetividad compleja, incierta, creativa, emotiva, irregular, ética, estética, simbólica y trascendente; lo mueve una realidad sutil y superior hacia la trascendencia y hacia una consciencia transpersonal; por eso necesitamos fundamentos de una filosofía que integre diversidad de conocimientos como el arte, la ciencia y la ética.

Educación para la sustentabilidad supone formar seres humanos que adquieran no sólo conocimientos, sino también, y básicamente, sabiduría, así como las capacidades técnico-científicas orientadas al servicio de la humanidad y a restablecer el equilibrio social y ecológico. El principio fundamental de la sustentabilidad, como la estamos comprendiendo aquí, requiere sostenerse no en el desfase que existe entre ciencia, tecnología y consciencia, sino en su emparejamiento. Sin ello, la sustentabilidad pierde todo sentido, porque las formas de relacionarnos con la madre Tierra son reflejo del nivel de consciencia y la percepción que de ella tenemos.

Referencias

- B. Reed, Horace y Loughran Elizabeth. 1992. *Más allá de las escuelas: educación para el desarrollo económico, social y personal*. México. Gernika.
- Bertely Busquets, María. 2000. *Conociendo nuestras escuelas: un acercamiento etnográfico a la cultura escolar*. México/Buenos Aires/Barcelona. Paidós.
- Capra, Fritjof. 1998. *El punto crucial*. Buenos Aires, Argentina. Troquel.
- Capra, Fritjof. 2007. *El tao de la física*. Barcelona. Sirio.
- Diesbach, Nicole. 1999. *Frontera. ¿Qué nos separa?* México. Yug.
- Dyer Wayne, W. 2004. *La sabiduría de todos los tiempos*. México. Random House Mondadori.
- Ferguson, Marilyn. 1994. *La conspiración de Acuario*. Buenos Aires, Argentina. Red Editorial Iberoamericana.
- Gallegos Nava, Ramón (comp.). 1998. *¿Hacia dónde vamos?* México. Pax.
- Gardner, Howard. 1997. *La mente no escolarizada*. México, SEP.
- Gardner, Howard. 1995. *Inteligencias múltiples. Teoría en la práctica*. Barcelona. Paidós.
- Goleman, Daniel. 1995. *La inteligencia emocional*. México. Grupo Zeta.
- Goleman, Daniel. 2000. *El espíritu creativo*. Buenos Aires. Editor Javier Vergara.
- Grof, Stanislav. 2003. *La evolución de la conciencia*. Barcelona. Kairós.

- Huxley, Aldous. 2000. *La filosofía perenne*. Barcelona. Edhasa.
- León Enciso, Gil. 1999. *Uso y abuso de las tareas escolares. Cuando la escuela claudica*. México. Auroch.
- Meixuero Hernández, Armando y Ramírez Beltrán, Rafael Tonatiuh. 1998. *Cine y educación: La vida es mejor que la escuela*. México. Taller Abierto.
- Neira, Teófilo. 1999. *La cultura contra la escuela*. Barcelona. Ariel.
- Reimer, Everet, 1976. *La escuela ha muerto: alternativas en materia de educación*. España. Seix Barral.
- Rugarcía Torres, Armando. 1992. "Cuestiones del método en educación y el desarrollo humano". En *Prometeo: fuego para el propio conocimiento. Revista Mexicana de Psicología Humanista y Desarrollo Humano*. México. Universidad Iberoamericana.
- Savater, Fernando. 1997. *El valor de educar*. México. Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América.
- Salgado Román, Juventina. 2007. *Valores, espiritualidad y conciencia*. México. Ediciones Eón.
- Suzuki, D.T. y From, Erich. 2009. *Budismo zen y psicoanálisis*. México. FCE.
- Carraher, Terezinha et al., 2000. *En la vida diez, en la escuela cero*. México. Siglo XXI Editores.
- Trilla Bernet, Jaume. 1997. *La educación fuera de la escuela: ámbitos no formales y educación social*. México. Ariel.
- Walsh, Roger y Vaughan, Frances (comps.). 1994. *Trascender el ego. La visión transpersonal*. Barcelona. Kairós.
- Wilber, Ken. 1984. *La conciencia sin fronteras*. Barcelona. Kairós.
- Wilber, Ken. 1995. *Después del Edén*. Barcelona. Kairós.
- Wilber, Ken. 1995. *Gracia y coraje*. Barcelona. Gaia.
- Wilber, Ken. 1998. *El ojo del espíritu*. Barcelona. Kairós.
- Wilber, Ken. 2006. *La pura conciencia de ser*. Barcelona. Kairós.
- Wilber, Ken. 2003. *Una teoría de todo*. Barcelona. Kairós.
- Wilber, Ken. 2004. *Ciencia y religión*. Barcelona. Kairós.
- Zohar, Danah. 2002. *Inteligencia espiritual*. Barcelona. Random House Mondadori.

III LA PREGUNTA COMO DISPOSITIVO DE ENSEÑANZA-APRENDIZAJE. EL RETO DE FORMAR SUJETOS CAPACES DE APRENDER A PENSAR

Joel Iturio Nava*

Cuánto ganaría el conocimiento humano, las ciencias humanas y la propia sociedad si la creatividad [...] encontrase un espacio libre para expresarse.

ANTONIO FAUNDEZ y PAULO FREIRE

Introducción

Desde la antigüedad la pregunta constituyó un recurso de aprendizaje. Sócrates hizo uso de ella para formar a sus discípulos. En algún momento refirió que él no les enseñaba, sólo les preguntaba y ellos aprendían. Decía: "yo no les enseño porque yo no sé, y como no sé, lo que hago es preguntar". Este filósofo y pensador en la enseñanza a sus discípulos partía de la humildad de no saber, porque el que no sabe, pregunta, pero, a la vez, porque se dio cuenta de que los sabios griegos de la antigüedad no sabían lo que profesaban y creían que sabían. La sabiduría que aparentaban no coincidía con lo que realmente conocían y, a la vez, ignoraban que no sabían. El mérito de Sócrates era reconocer sus limitaciones.¹

* Programa de Historia, Unidad Académica de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Guerrero, Cuerpo Académico "Humanismo y Sustentabilidad".

¹ Al preguntarle al oráculo de Delfos quién era el más sabio de Grecia, éste respondió que Sócrates. Esa respuesta hizo que Sócrates, al no estar convencido, se pusiera a buscar entre los sabios quién podía ser el más sabio. Véase Platón. "Apología" en *Diálogos*. Porrúa, México, 1962.